

TRANSFORME SU VIDA

*La verdadera
conversión cristiana*



Transforme su vida

La verdadera conversión cristiana

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

© 2005, 2011, 2022 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.

Todos los derechos reservados. Impreso en Estados Unidos. Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Contenido

3 Introducción

¿Qué es exactamente la conversión? La gente habla de su “conversión” o de “estar convertido”, pero ¿qué significa esto? De acuerdo a la definición de la palabra sabemos que significa un cambio, pero ¿un cambio *de qué a qué*? ¡Es importante saberlo!

5 ¿Quiénes son los verdaderos siervos de Dios?

Millones de personas dicen ser cristianas, es decir, seguidoras de Jesucristo. Sin embargo, sus creencias, prácticas y estilos de vida difieren enormemente. Jesús dijo que sus verdaderos seguidores son “llamados y elegidos y fieles”. ¿Cómo podemos discernir quiénes son sus verdaderos discípulos?

13 ¿Qué debo hacer?

No mucho después de la muerte de Cristo, el apóstol Pedro pronunció un poderoso mensaje sobre la salvación a través de Jesucristo. Conmovida, su audiencia respondió: “¿Qué debemos hacer?” En efecto, ¿qué debemos hacer para ser salvos?

21 ¿Qué es el pecado?

Un primer paso vital para convertirse en un verdadero siervo de Dios es admitir que somos pecadores y buscar el perdón de Dios y su ayuda para evitar el pecado. Pero ¿qué es exactamente el pecado? Es preciso que entendamos lo que la Palabra de Dios dice sobre el pecado y por qué pecamos.

35 ¿Por qué debemos bautizarnos?

¿Por qué debe un cristiano procurar ser bautizado? ¿Cómo debe uno ser bautizado, y por quién? ¿Qué simboliza el bautismo? Todas estas son preguntas cruciales, ya que el bautismo es un paso fundamental que debemos dar si queremos convertirnos de verdad.

43 El Espíritu Santo: El poder de conversión de Dios

Ninguno de nosotros puede superar sus pecados y carencias sin la ayuda de Dios, y él pone esa ayuda a nuestra disposición a través de su Espíritu Santo. Pero ¿qué es exactamente ese Espíritu? ¿Cómo nos ayuda a cambiar? ¿Y cómo lo podemos obtener?

50 Cómo lograr la madurez espiritual

Muchas personas creen que Dios las aceptará tal como son, pero las Escrituras en ninguna parte apoyan esta idea. Dios espera que sus verdaderos seguidores crezcan, maduren y den fruto. ¿Qué tipo de fruto espera Dios? ¿Y cómo lo producimos?

Introducción

En el ámbito religioso frecuentemente se oye la palabra *conversión*. Entre los que se consideran cristianos, no es raro hablar de su “conversión” o de cómo llegaron a ser “convertidos”. Pero, ¿cuál es el significado real de estas palabras?

En el sentido religioso, la conversión se refiere al cambio de una religión a otra, particularmente a la cristiana. Pero ¿es eso todo lo que significa?

Algunas personas llaman *conversión* a casi cualquier cambio significa-

tivo que efectúan para mejorar su vida, y en ocasiones dan la impresión equivocada de que tales cambios proceden de Dios. Por cierto, la gente puede cambiar sin la intervención de Dios, y muchos lo hacen. Pero tales cambios *no son* la forma de conversión que describe la Biblia.

Por la simple definición de la palabra, hasta las personas sin



Tal como un rompecabezas revela su imagen a medida que se va armando, así las personas que Dios está invitando a la conversión empiezan a entender las Sagradas Escrituras.

antecedentes religiosos entienden que la *conversión* se refiere a un cambio. Si algo ha sido convertido, de alguna manera ha sido *cambiado*.

El concepto bíblico de la conversión ciertamente representa un cambio. Por ejemplo, en la Biblia se nos habla de cómo Pablo y Bernabé, cuando iban rumbo a Jerusalén, “pasaron por Fenicia y Samaria, contando la *conversión* de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos” (Hechos 15:3).

Pero si una persona está convertida, y por lo tanto *cambiada*, ¿en qué ha cambiado?

En la Biblia, la conversión se representa como *un proceso milagroso de transformación*, algo que no es posible sin la intervención y participación directas de Dios. De hecho, Dios es quien lo inicia. Él comienza por abrir el entendimiento de aquellos a los que está llamando, o *invitando*, a la conversión para que empiecen a comprender el mensaje de las Escrituras con una claridad y profundidad que nunca podrían obtener por sí mismos.

Por lo general, este maravilloso y milagroso proceso empieza cuando la persona que está siendo llamada escucha o lee las verdades bíblicas explicadas correctamente por un verdadero siervo de Dios. En esos momentos Dios empieza a abrir su entendimiento para que comprenda el verdadero evangelio de Jesucristo.

A partir de entonces, la Palabra de Dios empieza a adquirir sentido para esa persona. Tal como un rompecabezas revela su imagen a medida que se va armando, así las personas que Dios está invitando a la conversión empiezan a entender las Sagradas Escrituras. Este es el *milagro* del llamamiento de Dios.



Lo que sucede a continuación depende de las decisiones que la persona toma cuando escucha o lee la verdad de Dios. Puede responder pidiéndole a Dios que le ayude a poner en práctica lo que ha aprendido, o simplemente haciendo caso omiso del entendimiento que ha recibido.

En Deuteronomio 30:19 Dios clara-

Contrario a lo que muchos piensan, la conversión no se trata de algo que se lleva a cabo de manera instantánea, sino más bien de un cambio que se va realizando paulatinamente.

mente le dice a cada ser humano: “Escoge, pues, la vida”, pero él no obliga a nadie a tomar la decisión correcta. Aun así, como pronto podremos ver, las consecuencias de nuestras decisiones son enormes.

En este folleto examinaremos lo que la Biblia enseña acerca de la conversión. Contrario a lo que muchos piensan, no se trata de algo que se lleva a cabo de manera instantánea, sino más bien de un *proceso* que se va realizando paulatinamente.

Esta transformación gradual empieza con el llamamiento de Dios y sigue con los pasos esenciales del arrepentimiento, el bautismo y la imposición de manos, mediante la cual recibimos el Espíritu Santo, y luego continúa con una vida de constante sumisión a la voluntad de Dios. Esto prosigue hasta la muerte de la persona o hasta el retorno de Jesucristo, cuando todos los muertos en Cristo serán resucitados para recibir vida eterna. ¡El proceso de conversión llegará a su punto culminante cuando la persona sea cambiada de mortal a inmortal!

Para poder entender lo que representa esta maravillosa transformación llamada *conversión*, empezaremos nuestra búsqueda directamente en la Palabra de Dios.

¿Quiénes son los verdaderos siervos de Dios?

*“... y los que están con él son llamados y elegidos y fieles”
(Apocalipsis 17:14).*

En cierta ocasión Jesús declaró: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino *el que hace la voluntad de mi Padre* que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Su advertencia debe motivarnos a analizar detenidamente nuestras creencias y conceptos religiosos. ¿Por qué? Porque muchos que aseguran ser seguidores de Cristo y que afirman haber hecho muchas obras en su nombre, serán *rechazados* por él, quien les dirá: “*Nunca os conocí*” (v. 23).

¿Cómo, entonces, podemos diferenciar a los verdaderos discípulos de Cristo, aquellos que realmente están haciendo la voluntad del Padre, de los que lo llaman “Señor” pero se niegan a hacer su voluntad?

En la actualidad existen miles de organizaciones y grupos religiosos que afirman ser cristianos y poseedores de ese algo especial que les otorga la aprobación de Dios. La mayoría de los grupos que profesan ser cristianos se consideran a sí mismos como “llamados” y “escogidos” por Dios. Incluso hay muchos grupos religiosos no cristianos que creen haber sido elegidos divinamente.

Sea cual sea nuestro punto de vista, el panorama religioso actual es muy confuso. No debe sorprendernos que millones de personas desconfíen de toda clase de religión. ¿Es acaso posible encontrar la verdad en esta maraña religiosa?

Sí es posible, siempre y cuando estemos dispuestos a analizar honestamente los hechos y a aceptar la verdad tal como se revela en las Sagradas Escrituras.

Jesucristo es real: fue resucitado y está vivo. Y su influencia en el mundo ha sido muy superior a la de cualquier otro ser humano en toda la historia de la humanidad.

La mayoría de las personas conocen el nombre de Jesucristo, ¿pero cuántas saben lo que enseñó? ¿Cuál fue su misión? ¿Qué es lo que distinga a sus verdaderos seguidores? ¿Quiénes lo representan realmente?

Jesús dijo: “*Edificaré mi iglesia*”. El vocablo griego traducido como “iglesia” en la Biblia es *ekklesía*, que significa una asamblea o reunión de los “llamados” o “convocados”. El *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, de W. E. Vine, explica de esta manera la etimología de *ekklesía*: “de *ek*, fuera de, y *klêsis*, llamamiento, (de *kaleō*, llamar), [esta palabra] se usaba entre los griegos [para referirse a] un cuerpo de ciudadanos reunidos para considerar asuntos de Estado, Hechos 19:39” (Libros CLIE, 1984, 1:150).

En Hebreos 12:23 se describe a este grupo de creyentes como “la congregación de los primogénitos”. En 1 Timoteo 3:15 el apóstol Pablo los llama “la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad”.

Los peligros del engaño

Jesús nos advierte que “*estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan*” (Mateo 7:14). ¿Debe sorprendernos esto? Cuando la gente no está de acuerdo con las palabras de Jesús, simplemente hace caso omiso de ellas. No obstante, a los que verdaderamente quieren ser sus discípulos, Jesús les dice: “*Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella*” (v. 13).

Incluso si uno llega a ser un verdadero seguidor de Cristo, existe el peligro de verse atrapado nuevamente en alguna de las innumerables trampas de Satanás, el peor enemigo de todos aquellos que quieren llegar a ser como Jesús. El apóstol Pablo manifestó su preocupación por los que habían sido convertidos al cristianismo por medio de su predicación y enseñanza:

“Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis” (2 Corintios 11:3-4).

Pablo estaba asombrado de que la gente pudiera hacer a un lado sus enseñanzas tan fácilmente para creer en un evangelio fraudulento, adoptar un espíritu engañoso y hasta aceptar una conversión falsa y un Mesías impostor. ¡Satanás ha estado engañando a todo el mundo! (Apocalipsis 12:9). Muchos son los que, aun después de haberse dedicado a seguir la verdad de Dios, han sido presa fácil de las trampas del diablo, persuadidos por hábiles embaucadores que proclaman una justicia falsa.

Más adelante, refiriéndose a tales individuos, Pablo dice: “Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:13-15).

No es de sorprenderse, pues, que en el nombre de Jesucristo se enseñen tantas creencias diferentes, falsamente llamadas “cristianas”. Su nombre es usado para encubrir filosofías y doctrinas religiosas que jamás fueron enseñadas ni por él ni por sus apóstoles.

Jesús nos advierte: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22-23). La maldad puede anular todas las buenas obras.

La desobediencia es el camino del hombre alejado de Dios

La desobediencia, el factor principal de lo que llamamos *naturaleza humana*. El apóstol Pablo escribió que “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque *no se sujetan* a la ley de Dios, *ni tampoco pueden*; y los que viven según la carne *no pueden* agradar a Dios” (Roma-

nos 8:7-8). Nuestra tendencia natural no es obedecer a Dios, sino rechazarlo junto con su sistema de vida. Esto ha dado como resultado variados sustitutos del verdadero evangelio, que se han diseñado para satisfacer la natural oposición del hombre a vivir según los mandamientos divinos.

No hay duda de que la mayoría de las personas que aceptan



En la actualidad existen miles de organizaciones y grupos religiosos que afirman ser cristianos y poseedores de ese algo especial que les otorga la aprobación de Dios.

estos falsos conceptos son sinceras. Han creído un evangelio falso —un mensaje que niega la autoridad de la ley de Dios— que por siglos le ha sido predicado al mundo.

Este engaño es increíblemente poderoso. En relación con el enorme efecto que esto tendrá en el tiempo del fin, el apóstol Pablo predijo: “Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses

2:8-11).

Bajo la influencia de Satanás, “el dios de este siglo”, la humanidad ha sido completamente cegada (2 Corintios 4:4). El poder invisible de Satanás ha dominado a tal grado al hombre que puede decirse que “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). Mucha gente ha aceptado un evangelio falso y un concepto tergiversado de lo que es realmente la conversión.

Ahora volvamos a la pregunta original: ¿Qué diferencia a los verdaderos seguidores de Cristo de quienes piensan que lo son, pero en realidad han sido víctimas del engaño de Satanás?

Llamados y escogidos

La creencia de que uno debe ser “llamado” y “escogido” se originó con el mismo Jesucristo, cuando en cierta ocasión les dijo a sus discípulos: “Muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22:14). Ambos conceptos, el ser *llamado* y el ser *escogido*, son bíblicos, pero pocas veces son comprendidos y generalmente se emplean en forma errónea. Es muy importante que los entendamos correctamente.

Dios quiere darle la salvación —la vida eterna— a toda la humanidad. “No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). No obstante, la verdad es que no todos están siendo salvados *ahora, en este tiempo* (Romanos 11:7-8, 25-26; Efesios 1:7-10).

Dios *escoge* a la persona para que reciba la vida eterna solo cuando esta aprende y acepta la verdad, se arrepiente y es bautizada. Pero ¿cómo podemos diferenciar la verdad del error?

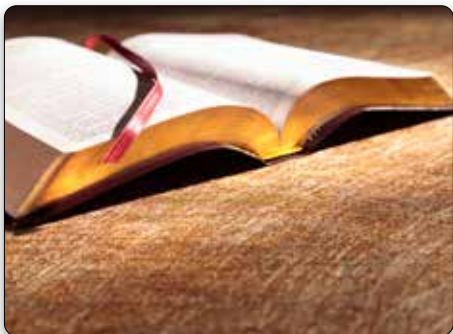
La *verdad*, como dijo Jesús, es lo que Dios nos revela por medio de su Palabra, la Biblia (Juan 17:17). Para poder agradar a Dios, uno debe aceptar su Palabra como la fuente principal y más confiable de la verdad. Nuestro Hacedor “quiere que todos los hombres [la humanidad entera] sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4).

Todos debemos arrepentirnos

Después de aprender los principios fundamentales de la verdad de Dios, uno debe arrepentirse. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, *sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9). No hay excepciones; Dios quiere que *todos* se arrepientan.

Un *entendimiento correcto* del evangelio de Jesucristo nos ayuda a comprender el plan de Dios para nosotros y *por qué* debemos arrepentirnos. Esta comprensión del futuro que Dios tiene para nosotros nos permite entender por qué necesitamos someternos a él y, con su ayuda, transformar nuestra vida.

¿Cómo podemos obtener dicho entendimiento? Leamos la respuesta del apóstol Pablo: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán, sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10:14-15).



Pablo dice que tenemos que ser enseñados por quienes verdaderamente *son enviados por Dios*, sus fieles siervos que no hablan en contra de su ley, que son leales a su Palabra y que enseñan la obediencia al Creador y que el arrepentimiento significa

Un entendimiento correcto del evangelio de Jesucristo nos ayuda a comprender el plan de Dios para nosotros y por qué debemos arrepentirnos.

dejar de pecar y de quebrantar los mandamientos divinos (1 Juan 3:4).

Analicemos ahora la diferencia entre *llamado* y *escogido*. “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios *os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*, a lo cual *os llamó mediante nuestro evangelio*, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 2:13-14).

Aquí podemos ver que las personas son *llamadas* (invitadas) por medio de la predicación del evangelio (las buenas noticias del Reino de Dios). De esta manera reciben el conocimiento que necesitan para reconocer sus pecados y arrepentirse de ellos.

Los que responden positivamente a ese llamamiento, esa invitación, son *escogidos* para la salvación. ¿Cómo? *Creyendo la verdad y siendo santificados* (apartados) *al recibir el Espíritu Santo*.

Solo quienes son llamados por Dios pueden entender

Dios inicia el proceso de llamar y escoger a una persona llevando a cabo un milagro. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere . . .” (Juan 6:44). Más adelante agrega: “Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (v. 65). Este es un poderoso testimonio del poder de Dios que puede tocar nuestros corazones a pesar de la influencia de Satanás, nuestra propia carnalidad y las tentaciones de este mundo perverso.

Dios *nos invita*. *Atrae* nuestros corazones hacia él. *Nos otorga* el deseo de aprender sus caminos y someter nuestra voluntad a la suya. Pero nuestra tendencia natural nos hace resistirnos a sus leyes (Romanos 8:7). Someter-nos a la voluntad de Dios es realmente un milagro, “porque Dios es el que en [nosotros] produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Jesús se vale de la parábola del sembrador para explicar las distintas formas en que la gente reacciona al escuchar el evangelio de Dios. En esta parábola todos escuchan la predicación de la Palabra de Dios, pero solo los que él llama captan la verdad y pueden entenderla. La gente reacciona de diferentes maneras al mensaje. Podemos leer esta parábola en Mateo 13, donde Jesús no solo relata la historia sino que también aclara su significado.

Primero, Jesús comenta la reacción de los que no comprenden el verdadero significado de lo que oyen. “Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino” (v. 19). Esa persona nunca entendió el mensaje ni captó su significado.

Diferentes respuestas de quienes entienden

Luego explica las reacciones de tres clases de personas. Todas reciben cierto grado de entendimiento de los caminos de Dios, pero reaccionan en forma diferente y por razones distintas.

“El que fue sembrado en pedregales, este es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; *pero no tiene raíz en sí*, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (vv. 20-21).

La primera reacción de esta persona es de gozo, pero pronto cambia de parecer. ¿Por qué? Por la crítica o influencia de otras personas que no entienden. Le preocupa más *lo que piensa o dice la gente* que *lo que Dios piensa*; tiene miedo de la crítica de los demás. Para él es más importante estar de acuerdo con quienes lo rodean. La tribulación o persecución que experimenta por tratar de vivir conforme al camino de Dios lo hace tropezar, y rechaza el llamamiento divino.

Veamos ahora el segundo ejemplo. “El que fue sembrado entre espinos, este es el que oye la palabra, *pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas* ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (v. 22).

A este tipo de persona no le preocupa la opinión de sus amigos o conocidos, pero tiene otros impedimentos: su vanidad y codicia. Su interés, tiempo y energías se concentran en la obtención de riquezas y prestigio social, de manera que no le queda tiempo para Dios. Tal persona está demasiado ocupada en sí misma, y puesto que las cosas materiales son más importantes que las espirituales, tarde o temprano rechaza el llamamiento de Dios.

Jesús concluye con este último ejemplo: “Mas el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye y *entiende* la palabra, y *da fruto*; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (v. 23). Esta persona entiende la Palabra de Dios y la toma en serio. La pone en práctica. ¡Cambia su forma de vivir! Esta persona es escogida para recibir la salvación, pues para ella Dios pasa a ser lo más importante en su vida.



Muchos son llamados. Muchos reciben la *oportunidad* de que Dios produzca en ellos “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Pero *solo unos pocos responden positivamente*. Esos pocos realmente se arrepienten y se someten a la voluntad de su Creador, comprometiéndose a obedecer sus mandamientos. Los que así reaccionan ante el llamamiento divino son *escogidos* por Dios debido a que *tomaron la decisión* de servirlo y tenerlo como lo más importante en su vida.

“Mas el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (v. 23). Esta persona entiende la Palabra de Dios y la toma en serio. La pone en práctica. ¡Cambia su forma de vivir!

Debemos permanecer fieles

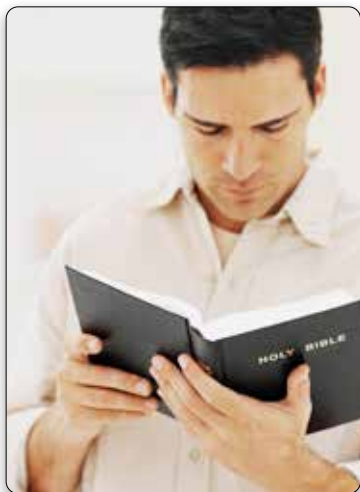
Cuando Dios nos ofrece la oportunidad de servirlo, *la decisión* de hacerlo es nuestra. Esa decisión no es simplemente algo temporal o momentáneo, sino que debemos *comprometernos* con ella y *perseverar* hasta el fin (Mateo 24:13).

Al final de esta era, los dirigentes mundiales que se opongan a la venida de Jesucristo “pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y *los que están con él son llamados y elegidos y fieles*” (Apocalipsis 17:14).

Observemos que los que están con Cristo no solo son llamados y escogidos, sino que también son *fieles*. Ser llamado y escogido no es todo; para ser salvos debemos *permanecer fieles* a nuestro llamamiento hasta el fin (Mateo 24:13).

Habrà ocasiones en que quizá tengamos *que demostrar nuestra fide-*

lidad soportando grandes penurias o venciendo obstáculos a nuestra fe, como prueba de nuestro firme compromiso para con Dios. En la Biblia, al verdadero pueblo de Dios —los que realmente son convertidos— se le denomina “el cuerpo de Cristo” (1 Corintios 12:27) y “la iglesia del Dios viviente” (1 Timoteo 3:15).



Dios explica claramente quiénes son sus verdaderos discípulos. Ellos primeramente *son llamados* al arrepentimiento al abrírseles el entendimiento para que comprendan verdaderamente las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Si su respuesta es una decisión de someterse humildemente a la voluntad de Dios a fin de que su Espíritu pueda obrar en sus mentes, entonces son *escogidos* para recibir la salvación. Luego, ¡todos los que

Dios explica claramente quiénes son sus verdaderos discípulos. Ellos primeramente son llamados al arrepentimiento al abrírseles el entendimiento para que comprendan verdaderamente las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

permanezcan lealmente obedientes a su Hacedor serán los verdaderos *llamados* y *elegidos* y *fieles* seguidores de Dios que vivirán eternamente en su reino!

¿Qué debo hacer?

“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19).

La Iglesia de Dios del Nuevo Testamento —el cuerpo espiritual de creyentes que él *llamó* y *escogió* para que le fueran *fieles*— empezó cuando Dios dio el Espíritu Santo a los discípulos de Jesús en el Día de Pentecostés, una de sus fiestas anuales ordenadas en Levítico 23. En el segundo capítulo del libro de los Hechos se nos relata cómo descendió el Espíritu de Dios sobre aquellos que le habían creído a Jesús, habían aceptado sus enseñanzas y lo habían seguido fielmente. Pero el milagro no terminó ahí, sino que miles de personas más que se encontraban reunidas ese mismo día quedaron estupefactas por lo que vieron y oyeron.

Ese día, en lo que se considera como su primer sermón, el apóstol Pedro declaró que el Mesías había venido; pero que en lugar de ser aceptado, había sido rechazado y había sufrido una muerte por demás brutal. Pedro explicó que *cada* ser humano, *personal e individualmente*, es culpable de la muerte de Jesucristo; la responsabilidad no se limita al grupo de judíos que lo arrestaron y lo llevaron para que fuera juzgado, ni a los soldados romanos que lo crucificaron.

Entre aquella multitud que lo escuchaba había forasteros provenientes de muchas partes de la región mediterránea y de otros lugares tan remotos como Partia y Mesopotamia (Hechos 2:7-11). Es muy probable que muchos de ellos ni siquiera hubieran estado en Jerusalén durante la crucifixión de Jesús, unas siete semanas antes.

Dirigiéndose a esa multitud tan diversa, Pedro les dijo: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, *prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (vv. 22-24).

“¿Qué haremos?”

Algunos de los presentes entendieron el significado de esas palabras. Aunque ellos probablemente no habían tenido que ver directamente con la muerte de Jesús, las conmovedoras palabras de Pedro les hicieron com-

prender la verdadera razón por la que había sido crucificado: ¡para pagar por los pecados de ellos y de todos los seres humanos! Para ellos, el mensaje de Pedro era directo y personal.

Más adelante el apóstol continuó: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús *a quien vosotros crucificasteis*, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, *se compungieron de corazón*, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, *¿qué haremos?*” (vv. 36-37).



Sin ninguna duda, su sentimiento de culpabilidad los contristó enormemente. Al escuchar la reprensión de Pedro, ellos no pensaron en las buenas obras que pudieron haber hecho en algún momento, sino en los pecados que habían cometido. Ciertamente, *¿qué debían hacer?*

De inmediato Pedro les

Aunque ellos probablemente no habían tenido que ver directamente con la muerte de Jesús, comprendieron la verdadera razón por la que había sido crucificado: ¡para pagar por los pecados de ellos y de todos los seres humanos!

contestó: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (v. 38). Y eso fue exactamente lo que hicieron. Ese mismo día, aproximadamente 3 000 personas que “recibieron su palabra” fueron bautizadas (versículo 41).

Dios aún exige el arrepentimiento

Desde aquel tiempo, los fieles seguidores de Cristo han continuado predicando el mismo mensaje que anunció nuestro Maestro y Salvador: las buenas noticias del Reino de Dios y la necesidad de que todos se arrepientan para poder recibir la salvación (Marcos 1:14-15).

La gente reacciona de diferentes formas al oír este mensaje. Algunos sencillamente no le hacen caso. Otros muestran solo un interés pasajero. Pero algunos sí se dan cuenta de que es el mensaje más emocionante e importante que podrán escuchar en toda su vida; ¡para ellos es como una perla de gran precio! Ojalá que usted sea una de esas personas.

Como ya leímos, Satanás ha cegado espiritualmente al mundo entero (Apocalipsis 12:9; 1 Juan 5:19). Pero Dios está librando de esa ceguera a

unos pocos. Si usted es una de esas personas a las que Dios está llamando para que entiendan su Palabra y vivan por ella, quizá, al igual que quienes escucharon a Pedro en la Fiesta de Pentecostés, se esté haciendo la misma pregunta: *¿Qué debo hacer ahora?*

La Palabra de Dios nos dice que *todos* han pecado (Romanos 3:23), y eso nos incluye a nosotros. No obstante, resulta mucho más fácil ver los errores y pecados de los demás que los nuestros. Todos somos culpables de pensar y actuar contrariamente a la ley de amor de Dios. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:8-9).

A nuestros primeros padres, lo mismo que a nosotros, les fue dado libre albedrío. Nuestro Creador no obligó a Adán ni a Eva a obedecerlo, aunque sí los instó a que lo hicieran. Pero ellos se dejaron influir por Satanás en el huerto de Edén y decidieron seguir sus sugerencias y desobedecer las instrucciones que Dios les había dado.

Desde entonces Satanás ha ejercido un control enorme —aunque no

Debemos orar para tener una nueva actitud y un espíritu correcto

La respuesta al llamamiento de Dios tiene que ver no solo con arrepentirnos de nuestra conducta pecaminosa, sino también con reconocer que nuestra mente se ha pervertido al seguir “la corriente de este mundo, conforme al *príncipe* de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2).

Tenemos que darnos cuenta de que necesitamos un nuevo corazón, una forma diferente de pensar, una actitud y un espíritu correctos; en otras palabras, necesitamos *un cambio total* de mentalidad. Debemos reconocer que el corazón es engañoso “más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9). Debemos sentir el profundo deseo de sustituir nuestra mente con la mente de Jesucristo (Filipenses 2:5).

Al igual que el rey David, nosotros también debemos clamar: “Crea en mí, oh Dios, *un corazón limpio* . . .” (Salmos 51:10). Nuestro corazón —es decir, nuestra mente— es lo que produce el pecado en nosotros. Nuestras acciones se originan en los pensamientos. Qué y cómo

somos es la manifestación profunda y directa de nuestra forma de pensar. Tenemos que clamar a Dios para que nos ayude a limpiarnos desde lo más profundo de nuestro ser.

Notemos el sincero arrepentimiento de David: “Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado. Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado” (Salmos 51:1-3, Nueva Versión Internacional).

Luego, en los versículos 6 al 10 continúa: “Yo sé que tú amas la verdad en lo íntimo; en lo secreto me has enseñado sabiduría. Purifícame con hisopo, y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve. Anúnciame gozo y alegría [con tu perdón]; infunde gozo en estos huesos que has quebrantado. Aparta tu rostro de mis pecados y borra toda mi maldad. *Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio*, y renueva la firmeza de mi espíritu” (NVI).

absoluto— sobre la humanidad (2 Corintios 4:4). Su gran influencia ha afectado los medios de comunicación y publicidad, la educación, la política y las normas de moralidad. Lamentablemente, todos somos producto de este mundo; nuestra mentalidad, pensamientos y motivos reflejan el influjo que Satanás ha estado ejerciendo en nuestra vida por tantos años (Efesios 2:2-3). (Para más información sobre este tema, lea “Qué hay de malo con la naturaleza humana?”, comenzando en la página 24).

Aun así, debemos tener siempre presente que junto con este conocimiento, tal como Jesús nos lo recuerda en Mateo 11:25, Dios es “Señor del cielo y de la tierra”. Desde su trono él está dirigiendo constantemente el cumplimiento de su gran plan y propósito para la humanidad.

Un aspecto muy importante del plan de Dios es cuidar de aquellos a quienes ha llamado para que venzan el pecado. Satanás no puede hacer absolutamente nada sin que Dios se lo permita. Esto se ve claramente en el primer capítulo del libro de Job.

Uno de los apóstoles lo explica así: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7). Con la ayuda de Dios, cada uno de nosotros puede rechazar y vencer la influencia de Satanás en nuestras vidas.

Es necesaria una profunda introspección

Sin embargo, mientras esperamos el retorno de Jesucristo tenemos que vivir en una sociedad cada vez más llena de maldad, egoísmo y arrogancia. “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Timoteo 3:1-5).

¿Cómo, entonces, podemos deshacernos de tales actitudes? Un aspecto fundamental del verdadero arrepentimiento es nuestro reconocimiento, con la ayuda de Dios, de cuánto nos han afectado estas actitudes. Como lo explicó el apóstol Pablo: “En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios” (Efesios 2:3, Nueva Versión Internacional).

Para poder arrepentirnos verdaderamente necesitamos autoexaminarnos en forma detenida y honesta. Sin esta introspección nuestra reacción podría ser como la de los fariseos, que criticaban a Jesús por tratar de

ayudar a los cobradores de impuestos y a otros pecadores aceptando sus invitaciones a comer con ellos. A estos fariseos, que se creían muy justos, Jesús les respondió: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:31-32).

Debido a su gran ceguera espiritual, los fariseos no podían verse como realmente eran. Se sentían tan satisfechos de su condición espiritual, que se negaban a ver sus pecados. Nunca aceptaron, ni siquiera entendieron, la advertencia que Jesús les hizo acerca de su necesidad de arrepentirse.

En las Escrituras claramente se nos dice que *todos* pecamos. Por lo tanto, *todos* nos hemos hecho acreedores a la pena de muerte (Romanos

Por qué debemos cambiar nuestra forma de pensar

Jesús deja muy claro que el arrepentimiento implica *un cambio de forma de pensar*. Nos dice que “lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los *malos pensamientos* . . .” (Marcos 7:20-21). Nos explica que lo que nos pervierte viene de dentro, y nos da ejemplos de las actitudes e inclinaciones más bajas que subyugan nuestra forma de pensar y nuestro comportamiento: “. . . los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de *dentro* salen, y contaminan al hombre” (vv. 21-23).

Por medio de uno de los antiguos profetas también se nos hace ver claramente que el arrepentimiento implica un cambio en nuestra forma de pensar: “Que abandone el malvado su *camino*, y el perverso sus *pensamientos*. Que se vuelva al SEÑOR, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar, y de él recibirá misericordia” (Isaías 55:7, Nueva Versión Internacional). Aquí el profeta hace hincapié en dos cosas de las cuales tenemos que deshacernos para poder recibir el perdón de Dios: nuestras costumbres pecaminosas y nuestros pensamientos pecaminosos.

Para arrepentirnos, tenemos que reconocer que cuando menos algunos de los apetitos carnales es-

tán influyendo o hasta controlando nuestra forma de pensar. No toda la gente se rinde continuamente a cada característica de la naturaleza humana, pero todos pecamos. Todos tenemos debilidades. Una persona puede ceder con más frecuencia a la codicia, otra al fariseísmo o a la arrogancia. A otra puede resultarle difícil ser veraz u honrada. La verdad que, de alguna manera, todos manifestamos actitudes y pensamientos egoístas.

El arrepentimiento significa que debemos examinarnos a nosotros mismos y reconocer nuestras propias flaquezas, los aspectos en que pecamos, ya sea con nuestros pensamientos o con nuestra conducta. Debemos, pues, pedirle a Dios que nos revele qué es lo necesitamos cambiar.

Así, mientras más nos sometamos a Dios y le pidamos su ayuda para poder ver lo que necesitamos cambiar, más nos iluminará para que veamos nuestras fallas y tentaciones. Esto es algo que continúa por años, a medida que la persona convertida *va creciendo* “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

El aspecto más importante del verdadero arrepentimiento es *el cambio en nuestra manera de pensar*. Cuando somos bautizados y recibimos el Espíritu Santo, estamos mucho más capacitados para mantener el comportamiento correcto, producto de nuestra nueva forma de pensar.

3:23; 6:23). Sin la ayuda de Dios para hacer posible que cambiemos, todos pereceríamos y no tendríamos la oportunidad de recibir la vida eterna.

Pero Dios quiere transformarnos y ayudarnos para que nos arrepintamos y nos convirtamos a sus caminos. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, *sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9).

Dios ha provisto una manera de suprimir la pena de muerte que pesa sobre nosotros, sin disculpar o disimular nuestra iniquidad: dio a su Hijo para que pagara esa pena por nosotros. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Si voluntariamente renunciamos a nuestra manera errónea de vivir, Dios está más que dispuesto a aceptar que la sangre derramada de nuestro Salvador borre la pena de muerte que nosotros mismos nos hemos impuesto con nuestros pecados.

¿Qué significa arrepentirse?

En cierta ocasión se le acercaron a Jesús algunos que quizá consideraban a otros más pecadores que ellos mismos. Él les advirtió: “. . . si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:3-5; ver Hechos 5:31-32).

Hoy en día, rara vez se llega a oír la palabra *arrepentimiento*, y muy pocos entienden lo que verdaderamente significa. Tanto en los idiomas griego como hebreo las palabras traducidas como *arrepentirse* y *arrepentimiento* se refieren a un cambio de actitud, un considerable vuelco en nuestra forma de pensar, una transformación cuyo propósito principal es modificar nuestro comportamiento.

El consejo del apóstol Pedro registrado en Hechos 3:19 sigue válido para nosotros hoy en día: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”. El vocablo *arrepentíos* quiere decir “dar vuelta” o “volverse”. ¿Dar vuelta o volverse de qué? En Romanos 6:23 se nos dice el pecado es muerte. Cuando nos arrepentimos, pues, *nos volvemos de los pecados* que hemos cometido y *nos sometemos incondicionalmente a Dios*.

Aunque Cristo vino para quitar nuestros pecados, nosotros tenemos que hacer nuestra parte. Él no vino para salvarnos *en* nuestros pecados, mientras *continuamos* en el pecado.

Cuando un juez perdona a alguien que cometió un crimen, espera que esa persona deje de cometer crímenes. No lo perdona para que *continúe* infringiendo la ley. Así también nosotros debemos abandonar nuestros caminos pecaminosos. Otro de los apóstoles nos dice que “todo aquel que tiene esta esperanza en él [Jesucristo], *se purifica a sí mismo*, así como él [Jesucristo] es puro” (1 Juan 3:3).

El arrepentimiento encierra tanto el creer como el hacer

En el capítulo 16 del libro de los Hechos se nos habla de la ocasión en que Pablo y Silas fueron encarcelados en Filipos, y cómo a medianoche hubo un fuerte terremoto que hizo que todas las puertas se abrieran y las cadenas de todos los presos se soltaran. El carcelero, que poco después se dio cuenta de que había sido un milagro de Dios, les preguntó a Pablo y a Silas qué debía hacer para ser salvo. Ellos le contestaron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (v. 31).

Pero ¿qué significa creer o tener fe en Jesucristo? No se trata de creer simplemente que es nuestro Salvador, sino también creerle a él, creer su

mensaje, sus promesas e instrucciones, y actuar en consecuencia. En cierta ocasión Jesús preguntó: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46).

Cuando nos arrepentimos, *dejamos de hacer lo malo y empezamos a vivir en armonía con los caminos y las leyes de Dios*; esto es, nos sometemos a su voluntad. ¡Dejamos de pecar intencional y conscientemente!

El arrepentimiento debe estar acompañado de sinceros sentimientos de dolor



El arrepentimiento debe estar acompañado de sinceros sentimientos de dolor y vergüenza; pero el arrepentimiento de corazón es mucho más que una simple emoción: es un verdadero cambio de vida.

y vergüenza; pero el arrepentimiento de corazón *es mucho más que una simple emoción: es un verdadero cambio de vida.*

Cuando Dios nos llama, quita de nosotros la ceguera espiritual y nos permite entender su Palabra como nunca antes (Juan 6:65; Mateo 13:11). Nos permite ver lo contrarios que son nuestros caminos a los de él. Llegamos entonces a una gran encrucijada en nuestra vida, de manera que nos enfrentamos a decisiones muy importantes. El arrepentimiento es un paso vital y decisivo.

El verdadero arrepentimiento es una dádiva de Dios, ya que él es quien nos guía hacia tal decisión (Hechos 11:18; Romanos 2:4). A partir del momento en que abre nuestro entendimiento, él obra con nosotros a

medida que vamos respondiendo positivamente a las cosas que nos va revelando en su Palabra (Juan 6:44; 2 Timoteo 2:25).

Ahora que entendemos que debemos cambiar, analicemos cuidadosamente la explicación bíblica de lo que es el pecado, a fin de entender mejor *qué* es lo que necesitamos cambiar.

El arrepentimiento debe ser con fe

Hebreos 6:1 menciona el arrepentimiento de las obras muertas y la fe hacia Dios como parte del fundamento que finalmente conduce a la perfección y a la vida eterna. Jesucristo estableció un patrón importante en su predicación al exhortar regularmente a sus oyentes a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). El apóstol Pablo también predicaba “del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

El arrepentimiento (volver a obedecer a Dios después de haberse rebelado contra él) comienza clamándole a él por el perdón de nuestros pecados y con nuestra aceptación de Jesucristo como Salvador personal. Esto incluye confiar en el sacrificio de Cristo como portador de la pena de nuestros pecados, y creer que gracias a él nuestro arrepentimiento es aceptado y nuestros pecados son perdonados. El arrepentimiento es una decisión que no se basa únicamente en la emoción, aunque, como muestra Hechos 2:37, la emoción sincera es ciertamente una parte importante. Es una decisión y un compromiso de obedecer sinceramente a Dios mediante la fe en Jesucristo. La justicia de Cristo se convierte en nuestra a través de la fe en él y por medio de él (Filipenses 3:8-9; Romanos 8:1-4).

Esta fe comprende una profunda creencia y confianza en Dios (Hebreos 11:1), y no podemos llegar a él sin ella: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan” (v. 6). Tal fe, que lleva a obedecer a Dios, no solo confía en el perdón inicial de los pecados sino que reconoce que Dios

ayuda a los fieles a seguir siéndolo.

Aunque el arrepentimiento conlleva dolor por los pecados pasados, también produce alegría por el perdón de Dios y las bendiciones y el futuro que promete. En Marcos 1:15, citado en parte anteriormente, Jesús pidió específicamente a la gente: “arrepentíos, y *creed en el evangelio*”, refiriéndose a las buenas noticias del Reino de Dios. La expectativa de formar parte del Reino de Dios por medio de la fe es ciertamente una razón para alegrarse, y motiva a aquellos que toman en serio el hacer la voluntad de Dios.

Después de que nos arrepentimos y bautizamos, Dios nos da su Espíritu (Hechos 2:38). Un resultado importante de tener el Espíritu Santo dentro de nosotros es que desarrollamos fe (Gálatas 5:22-23; 1 Corintios 12:4, 9). Ahora vivimos por “la fe del Hijo de Dios” (Gálatas 2:20). De hecho, los justos (aquellos que son justificados con Dios) *viven por su fe* (Habacuc 2:4; Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).

Mediante el arrepentimiento y la fe, la persona convertida continúa confiando en el sacrificio de Jesucristo para cubrir sus pecados en este proceso de superación que dura toda la vida. Y mediante la ayuda milagrosa de Cristo que vive en él a través del Espíritu Santo, el cristiano puede crecer en el camino de vida de Dios, caminando cada vez más por fe en obediencia a la ley de amor de Dios (Gálatas 2:20; Filipenses 4:13; Colosenses 1:29).

Para aprender más sobre el papel crucial de la fe en el proceso de transformación de su vida, descargue o solicite nuestro folleto gratuito *Usted puede tener una fe viva*.

¿Qué es el pecado?

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4).

Hemos aprendido que el primer paso para ser uno de los llamados, elegidos y fieles siervos de Dios, es reconocer y aceptar que somos pecadores (Romanos 3:23; 1 Juan 1:8). Pero ¿qué es exactamente el pecado? ¿Cómo lo define la Palabra de Dios?

En la Biblia encontramos varios pasajes que definen lo que es el pecado, y cada uno nos ayuda a entender más al respecto. Pero antes de leer esos versículos, primeramente debemos aprender lo que quieren decir las palabras traducidas como *pecado* en los idiomas en que fue escrita originalmente la Biblia.

Dos conceptos generales

Los vocablos hebreos y griegos que se traducen como *pecado* en la Biblia encierran dos conceptos importantes. El primero es el de la *transgresión*. *Transgredir* significa “quebrantar, violar un precepto, ley o estatuto”. En ciertas ocasiones también puede significar sobrepasar determinados límites, como en el caso de un futbolista que se sale de las líneas que delimitan la cancha dentro de la cual debe jugarse.

La mayoría de los demás vocablos que se traducen como *pecado* en la Biblia tienen que ver con otro significado: *fallar el tiro o errar el blanco*. Valiéndonos de dos analogías más relacionadas con el deporte, podríamos decir que se puede comparar con un futbolista que no logra anotar el gol cuando tira a la portería, o cuando un arquero dispara su flecha y no da en el blanco. En ambos casos se falló el tiro, se erró; ninguno de ellos dio donde había apuntado.

Esta perspectiva del pecado también incluye el concepto de alguien que intenta ir en cierta dirección pero que, desviándose del trayecto que había planeado seguir, llega a un lugar equivocado. Esa persona falló o erró, en este caso el rumbo o la meta.

Este significado también encierra el concepto de no alcanzar ciertos estándares. Por ejemplo, la mayoría de los exámenes y cursos universitarios se aprueban de acuerdo a un grado mínimo. Si no logramos ese grado mínimo, reprobamos la prueba o el curso. Al no llegar a la altura que se esperaba, “fallamos el tiro”, no pasamos la prueba. Podemos fallar el tiro ya sea *no dando en el blanco* al que apuntamos o no llegando a la altura

establecida. En cualquiera de estos casos “pecamos” al no lograr la meta señalada.

Ambos significados, transgredir y errar el blanco, implican que existe *un requisito básico*. Si transgredimos, quiere decir que infringimos o violamos algo; entonces tiene que haber un reglamento, un precepto o una ley que fije *los límites*. Si no damos en el blanco, es porque existe un blanco al que debemos apuntar. Así, pecar es *transgredir las normas de Dios*, no dar en el blanco o no llegar a la altura de lo que él ha establecido para nosotros.



Aquí es donde las definiciones bíblicas del pecado cobran especial importancia. Las Escrituras revelan los límites y las normas justas que

Las Escrituras revelan los límites y las normas justas que Dios establece para nosotros. Determinan el campo de juego en el que debemos vivir. Describen la meta –el carácter justo– al que debemos aspirar, y el estándar que Dios espera que alcancemos.

Dios establece para nosotros. Determinan *el campo de juego* en el que debemos vivir. Describen *la meta* –el carácter justo– al que debemos aspirar, y el estándar que Dios espera que alcancemos.

En otras palabras, las definiciones bíblicas de lo que es pecado nos revelan *lo que es aceptable* para Dios y *lo que no lo es*. Las Escrituras nos muestran qué es lo que llega a la altura de esas expectativas y qué va en contra de su voluntad. Tales normas revelan y definen los principios fundamentales que Dios nos ha dado para vivir.

Las definiciones de pecado que nos da la Biblia no son una lista arbitraria de *actos permitidos* y de *otros prohibidos*. Por el contrario, nos muestran *la manera misma* en que Dios vive y nos revelan *los principios espirituales por los que él se rige*, las mismas normas de conducta que él desea que sigamos.

Transgredir la ley de Dios

¿Cuáles son, pues, los límites y estándares que Dios ha establecido para que podamos entender lo que es pecado? La definición más elemental se encuentra en 1 Juan 3:4: “Todo el que comete pecado quebranta la ley; de hecho, *el pecado es transgresión de la ley*” (NVI). Aquí Dios nos dice cla-

ramente que es pecado transgredir los límites establecidos por su santa ley, la cual es espiritual (Romanos 7:12-14).

La frase “transgresión de la ley” (1 Juan 3:4) es una traducción de la voz griega *anómia*, cuyo significado es “sin ley” o “en contra de la ley”. Lo que se quiere expresar aquí es que el pecado es vivir como si no hubiera una ley moral, o *violar intencionalmente* tanto las leyes como los principios morales básicos de la ley de Dios. Esto tiene que ver no solo con salirse de los límites establecidos por la ley de Dios, sino también con hechos cometidos en directa rebeldía contra ella.

Dios entregó sus leyes a la humanidad para mostrarnos su camino de amor. Ellas *definen* y explican cómo debemos expresar amor hacia él y hacia nuestros semejantes (Deuteronomio 30:15-16; Mateo 22:35-40; 1 Juan 5:3). Así, el pecado es cualquier violación de la ley divina de amor. Dios nos muestra la manera en que podemos vivir en paz y armonía con él y con todos los demás, y nos marca ese camino de vida por medio de su ley. Cuando pecamos, violamos —o transgredimos— esos límites con el hecho de quebrantar su ley en cualquier aspecto.

Una definición más amplia del pecado

En 1 Juan 5:17 encontramos una definición más amplia del pecado: “Toda injusticia es pecado . . .” Otras versiones nos ayudan a entender mejor su significado: “Toda maldad es pecado” (NVI). “*Toda iniquidad es pecado*” (Biblia de Jerusalén).

La palabra traducida como *injusticia*, *maldad* o *iniquidad* en estas versiones es la voz griega *adikía*. Cierta obra de consulta la define como “acción que causa un daño visible a otras personas en violación de la norma divina” (*Expository Dictionary of Bible Words* [Diccionario expositivo de palabras de la Biblia], 1985).

Otros significados de esta palabra y su forma verbal son: “malvado, deshonesto, injusto, maldad, lastimar, maltratar, dañar y hacerle mal [a otra persona]” (ibídem). Estos significados van mucho más allá de las simples obras o acciones *físicas*; también comprenden *las actitudes* y *los motivos* detrás de nuestras acciones y lo que hay en nuestra mente. Tienen que ver *con nuestros pensamientos*.

Jesús dejó esto muy claro cuando dijo: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21-22).

Aquí el Salvador del mundo nos hace ver el principio fundamental de la ley: si juzgamos duramente a una persona y la consideramos insignificante,

¿Qué hay de malo con la naturaleza humana?

Cuando Dios creó a nuestros primeros padres humanos, Adán y Eva, en el huerto de Edén, ellos formaban parte de un orden creado “que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Evidentemente, no tenían intención de hacer el mal. Pero al describir su creación como buena, Dios no quiso decir que Adán y Eva fueran intrínsecamente buenos o se inclinaron por vivir a la manera de Dios. Al principio no hicieron ninguna elección racional en términos de bien o mal. Su forma de pensar y de comportarse era neutra, un estado que a veces se denomina *tabula rasa*, o “pizarra en blanco”.

Como seres humanos de carne y hueso, tenían los mismos impulsos físicos e intereses materiales comunes a toda la humanidad. El mismo deseo de autopreservación, de placeres físicos, de ser apreciados, de aprender y de mejorar sus circunstancias. También eran curiosos por naturaleza y procuraban evitar el aburrimiento o, por el contrario, el esfuerzo excesivo. El enfoque en el yo de tales expectativas no era inherentemente pecaminoso; pero esta perspectiva orientada al yo podía conducir al pecado si contradecía la dirección y las instrucciones de Dios.

Entonces apareció Satanás el diablo en forma de serpiente, y no perdió tiempo en tentar a los primeros seres humanos a pecar. Engañó a Eva para que comiera el fruto que Dios había prohibido, aprovechándose de su deseo de probarlo, hacerse sabia y mejorar su vida. Estas debilidades de su existencia física y carnal—incluida su innata credulidad—facilitaron que el diablo la engañara. Adán no fue engañado, pero de todos modos se sometió a las intrigas de Satanás a través de Eva, aparentemente para mantener su vínculo con ella (Génesis 3; 1 Timoteo 2:14). Adán y Eva establecieron así un patrón que sería seguido por toda la raza humana que surgiría de ellos: la aceptación del dominio y la influencia de Satanás en vez de seguir a Dios.

Siguiendo los pasos de Adán y Eva

A partir de entonces, los seres humanos serían incitados a perseguir el egoísmo y a rebelarse contra los mandamientos de Dios. Los niños seguirían naciendo con una naturaleza neutra—*tabula rasa*—pero, bajo la influencia de Satanás y en un mundo en el que todas las personas serían engañadas para que inad-

vertidamente lo siguieran a él y a sus caminos, todos los niños desarrollarían muy rápidamente la naturaleza orientada al egoísmo de la sociedad y la cultura humanas tan corruptas que los rodeaban.

La tendencia de los seres humanos a exaltar el yo y desobedecer a Dios se conoce como naturaleza humana, a la cual la Biblia se refiere con términos como “mente carnal”, “deseos carnales”, “rivalidad y vanagloria” y otros similares, lo que significa que el *egoísmo* es la motivación principal del hombre y no el deseo de obedecer y agradar a Dios.

Pero, como dijimos, Dios no *creó* a los seres humanos con esta naturaleza egoísta, ni los niños nacen con ella. Todos somos víctimas de ella por la influencia de Satanás. En realidad se trata de la misma *naturaleza corrupta de Satanás*, la que él ha inculcado a toda la raza humana (excepto que él mismo no tiene debilidades carnales ya que es un ser espiritual).

En la Biblia se nos presenta a Satanás como el principal manipulador de la naturaleza humana. Aprovechando nuestra debilidad, él ha contribuido para que todos en el mundo pequemos (Apoc. 12:9). El apóstol Pablo dice que “el dios de este siglo *cegó* el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio . . .” (2 Corintios 4:4).

Debido a que nuestra naturaleza humana carnal a veces es descrita como naturaleza *pecaminosa*, algunos suponen que es un problema que solo aqueja a *algunas personas*: las pecadoras. Pero el hecho es que esta naturaleza es un problema para *todas* las personas. De hecho, con la única excepción de Jesucristo, “*todos pecaron*, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

El apóstol Pablo cita varios pasajes del Antiguo Testamento para resumir la deplorable condición espiritual de la raza humana: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo sus labios, su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios ante sus ojos” (Romanos 3:10-18).

La influencia de Satanás

Pablo recuerda a los fieles discípulos de Cristo que “estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, *el espíritu* que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también *todos* nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:1-3). Esto demuestra que Satanás incluso “transmite” estados de ánimo y actitudes corruptas y pecaminosas a las mentes humanas.

Sin embargo, por muy poderosa que sea su influencia, debemos entender que el diablo no puede *obligarnos* a pecar. Simplemente nos seduce mediante nuestras *debilidades carnales* y las formas de pensar equivocadas a las que nos ha conducido a lo largo del tiempo. Veamos algunas de las formas en que somos fácilmente manipulados por Satanás.

Primero están *nuestros deseos carnales y egoístas*: “Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:19-21).

Pablo detalla explícitamente los efectos que los deseos corruptos tienen en el comportamiento de la gente. “Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros . . . Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a *la depravación mental*, para que hicieran lo que no debían hacer. Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; se ingenian maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados. Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no

sólo siguen practicándolas sino que incluso aprueban a quienes las practican” (Romanos 1:24, 28-32, NVI).

Segundo, nuestra *astucia natural*, que incluye el *autoengaño*, es otra gran flaqueza de la mente carnal: “*Engañoso es el corazón más que todas las cosas*, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). Sujetos a la influencia de Satanás, todos tenemos la tendencia natural a buscar formas de justificar nuestra codicia, nuestros deseos pecaminosos y nuestra conducta resultante. Nos engañamos a nosotros mismos al creer que, debido a que nuestros deseos son naturales, en realidad no son tan malos. Mas Dios nos recuerda que “hay caminos que al hombre *le parecen rectos*, pero que acaban por ser *caminos de muerte*” (Proverbios 14:12, NVI). *La muerte* es el resultado final de vivir de manera equivocada (Romanos 6:23).

Y tercero, bajo la influencia del diablo hemos desarrollado la tendencia natural a *molestarnos cuando nuestros deseos carnales son restringidos por estatutos*, incluso los estatutos de Dios. Con respecto a esto, el apóstol Pablo dice: “Los que viven conforme a la naturaleza pecaminosa fijan la mente en los deseos de tal naturaleza; en cambio, los que viven conforme al Espíritu fijan la mente en los deseos del Espíritu. La mentalidad pecaminosa es muerte, mientras que la mentalidad que proviene del Espíritu es vida y paz. La mentalidad pecaminosa es *enemiga* de Dios, pues *no se somete* a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo. Los que viven según la naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:5-8, NVI).

Vemos en estos y otros pasajes que Satanás es un poderoso engañador y manipulador, que se aprovecha de nuestra naturaleza egocéntrica persuadiéndonos a ceder aún más a nuestros deseos humanos de lo que normalmente haríamos. Pero nosotros hacemos nuestra parte. Sin la influencia positiva del Espíritu de Dios, nuestra principal inclinación es servirnos a nosotros mismos y resistimos a vivir según todas las instrucciones bíblicas de Dios.

Debido a esto, Pablo advierte: “. . . porque si vivís según la carne, *moriréis*; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos *los que son guiados por el Espíritu de Dios*, estos son hijos de Dios” (Romanos 8:13-14). Necesitamos la guía del Espíritu de Dios para que nos ayude a liberarnos de la naturaleza egoísta que hemos desarrollado bajo la influencia de Satanás y desarrollar a cambio una naturaleza piadosa.

inútil o que no merece vivir, nuestra actitud airada y maliciosa nos coloca en peligro no solo de un castigo físico, sino también de la muerte eterna. Jesús mostró que el pecado incluye no solo nuestros *actos físicos*, sino también nuestros *pensamientos y actitudes*.

Debemos darnos cuenta de que el pecado se origina en la mente. Cuando permitimos que pensamientos inicuos entren y permanezcan en nuestra mente, tarde o temprano se convertirán en hechos, conduciéndonos al pecado. Somos lo que pensamos (Proverbios 23:7).

No debemos violar nuestra conciencia

El propósito que Dios tiene para nosotros en esta vida es que desarrollemos un carácter espiritualmente maduro y santo, a fin de parecernos más a él (Mateo 5:48). Nosotros tenemos que hacer nuestra parte en el desarrollo de ese carácter santo y eterno permaneciendo fieles a lo que es correcto, a pesar de nuestra



Esta actitud despectiva nos pone en peligro no solo de un castigo físico, sino también de la muerte eterna. Jesús mostró que el pecado incluye no solo nuestros actos físicos, sino también nuestros pensamientos y actitudes.

tendencia a hacer lo contrario. Debemos resistir la tentación de hacer las cosas que sabemos que no debemos hacer. Debemos vivir confiando en que Dios nos dará la fortaleza para soportar cualquier prueba y dificultad que tengamos que enfrentar en la vida.

Pero cuando cedemos, en realidad socavamos y destruimos el carácter que Dios está ayudándonos a desarrollar. Y cada vez que cedemos nos damos cuenta de que será mucho más difícil resistir la siguiente tentación a la que nos enfrentemos. Aprender a ser fieles es parte indispensable del desarrollo de nuestro carácter.

Ceder a las tentaciones es particularmente peligroso debido a la forma engañosa en que este hábito se propaga. Si nos dejamos vencer por alguna tentación, se nos hace más difícil resistirnos a ella la siguiente vez. Este mal crece como un cáncer: llega inadvertidamente, luego se disemina y, antes de que nos demos cuenta, podemos encontrarnos en un grave peligro espiritual, en una lucha espiritual de vida o muerte. Por eso Dios nos dice:

“Todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23). Si nuestras acciones no son hechas en fe, o de acuerdo con esta, estamos pecando. Debemos tener mucho cuidado de no violar nuestra conciencia (1 Pedro 3:14-16).

Tenemos que asegurarnos de que lo que hagamos, sin importar de qué se trate, sea hecho con la fe y confianza de que es algo correcto y agradable a Dios; de no ser así, no debemos hacerlo. Nuestros motivos deben ser puros y nuestra conciencia debe estar tranquila en todo lo que hacemos. Por tanto, es de suma importancia que eduquemos apropiadamente nuestra conciencia para que esté de acuerdo con la Palabra de Dios, la Biblia. Nuestra mente natural no es apta para discernir entre lo que es correcto y lo que no lo es (Jeremías 10:23). Por consiguiente, primero debemos aprender los caminos de Dios, los cuales definen el bien y el mal (Hebreos 5:14).

Dios quiere que vivamos dentro de los límites y normas que ha dispuesto para nosotros, a fin de que cambiemos nuestras actitudes, pensamientos y obras para que concuerden con los estándares establecidos por él. El proceso de conversión puede definirse sencillamente así: permitir que Dios obre en nosotros para sustituir *nuestras* normas, actitudes y pensamientos por las normas, actitudes y pensamientos *de él*.

Aun lo que *no* hacemos puede ser pecado

En las Escrituras se nos dice que podemos pecar por las cosas que hacemos. Pero también podemos pecar por las cosas *que no hacemos*.

En Santiago 4:17 leemos: *“Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”*. En este versículo se nos dice que algunas transgresiones son *pecados de omisión*. De hecho, este apóstol nos dice que si sabemos hacer el bien y nos damos cuenta de que debemos hacer ciertas cosas, pero no las hacemos, *cometemos pecado*. Erramos el blanco, pues no hacemos lo que sabemos que deberíamos estar haciendo.

En los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan encontramos muchos ejemplos de este tipo de pecado. Jesús tuvo frecuentes y serias discusiones con personas que eran muy estrictas en cuanto a una obediencia literal a las leyes de Dios, pero no se daban cuenta de que lo que Dios espera de nosotros es que vayamos *más allá* del simple cumplimiento de las normas básicas de conducta.

En la época de Jesús, los dirigentes religiosos habían compilado una lista de lo que según ellos era lícito hacer en el sábado. Eran muy diligentes en cuanto a los diezmos (el pago a Dios de un décimo de nuestras ganancias) de hasta la última semilla de legumbres o especias. Pasaban largas horas estudiando la ley, ayunando y orando. No obstante, Jesús los llamó “guías ciegos”, “hipócritas”, “serpientes” y “generación de víboras” (ver Mateo 23). ¿Por qué?

Porque sencillamente no entendían *el propósito* de la ley de Dios. Se concentraban tanto en su lucha por *no* cometer pecados, que no aplicaban muchos de los *principios* más importantes de la ley (Mateo 23:23; Hebreos 5:12).

Analicemos las confrontaciones que tuvieron con Jesús. Sus principales discrepancias giraban en torno a la observancia del sábado. Les enfurecía el hecho de que Jesús sanara a los enfermos en ese día. Según sus creencias, solo en casos de vida o muerte se permitía prestar ayuda o proveer tratamiento médico. Por eso, cuando Jesús hacía milagros en el sábado —sanando a personas que habían estado enfermas o inválidas por años—, en lugar de alegrarse por aquellos que habían sido sanados, se llenaban de ira contra Jesús.

Los fariseos no eran capaces de ver el bien que Jesús estaba haciendo al mostrar amor, compasión y misericordia por la gente, que son la razón misma de las leyes de Dios. Él libraba a las personas del infortunio en que habían vivido por tantos años. El hecho de que Jesús efectuara tales actos

¿Qué tiene de malo el pecado?

Uno de los principios fundamentales de la Biblia nos ayuda a entender por qué Dios quiere que dejemos de pecar y que nos volvamos a él. Ese principio es este: *¡cosechamos lo que sembramos!*

El apóstol Pablo lo explica así: “No se engañen: de Dios nadie se burla. Cada uno cosecha lo que siembra” (Gálatas 6:7-8; todos los pasajes citados en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional). En otra epístola, y refiriéndose a la humanidad en general, dice: “Dejan ruina y miseria en sus caminos, y no conocen la senda de la paz” (Romanos 3:16-17; ver Isaías 59:7-8).

El pecado, la desobediencia a Dios, trae como resultado *sufrimiento y dolor*. Dios aborrece las actitudes y obras pecaminosas (Proverbios 8:13) *debido a sus terribles consecuencias*. El pecado conduce al rompimiento de relaciones, a la violencia y al sufrimiento, y nos separa de Dios (Isaías 59:1-2).

En el libro de los Proverbios se describe vívidamente *el absoluto egoísmo* que encierran los pecados en que no se tiene consideración hacia el prójimo, y que en ocasiones llegan a ser inhumanos: “Hijo mío, si los pecadores quieren engañarte, no vayas con ellos. Estos te dirán: ‘¡Ven con nosotros!

Acechemos a algún inocente y démonos el gusto de matar a algún incauto; traguémonos a alguien vivo, como se traga el sepulcro a la gente; devorémoslo entero, como devora la fosa a los muertos. Obtendremos toda clase de riquezas; con el botín llenaremos nuestras casas. Comparte tu suerte con nosotros, y compartiremos contigo lo que obten-gamos’.

“¡Pero no te dejes llevar por ellos, hijo mío! ¡Apártate de sus senderos! Pues corren presurosos a hacer lo malo; ¡tienen prisa por derramar sangre! De nada sirve tender la red a la vista de todos los pájaros, pero aquellos acechan su propia vida y acabarán por destruirse a sí mismos. Así terminan los que van tras ganancias mal habidas; por estas perderán la vida” (Proverbios 1:10-19).

El pecado es como una trampa y la iniquidad como una red: pueden parecer inofensivos hasta que empiezan a verse los resultados. Entonces el pecador es atrapado, engañado por su propia insensatez. El pecado no solo daña a otros; también destruye el carácter del pecador y en ocasiones pone en peligro su vida.

No existe ningún pecado inofensivo; a fin de cuentas, el pecado hace que todos pierdan. Para

de misericordia en el sábado es prueba de que hacer este tipo de obras *no quebranta* la observancia de este día.

Debido a la voluntaria ceguera espiritual de los fariseos hacia el propósito de la ley, así como su hostilidad que también violaba los principios de ella, Jesús los llamó hipócritas y víboras.

Tenemos que cambiar lo que somos

Algunas veces nosotros podemos cometer el mismo error de los fariseos. Podemos llegar a preocuparnos tanto por cumplir con determinado aspecto de la ley, que perdemos de vista su *propósito*: el interés y amor por nuestros semejantes.

Es fácil pensar que todo lo que tenemos que hacer es cumplir con la ley al pie de la letra. Pero ¿qué fue lo que Jesús dijo? “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10).

Solo podemos complacer a Dios cuando vamos *más allá* del simple

recibir una clara enseñanza sobre los frutos de vivir conforme a los caminos de Dios, en contraste con los resultados de vivir de manera pecaminosa, por favor lea todo el primer salmo.

Con frecuencia el pecado resulta atrayente porque brinda oportunidades de obtener satisfacciones y placeres inmediatos. Así, nosotros constantemente tenemos que tomar decisiones. Por tanto, es de suma importancia que pensemos en cuáles serán las consecuencias de tales decisiones.

Veamos un ejemplo: “Por la fe Moisés, ya adulto, renunció a ser llamado hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de los efímeros placeres del pecado. Consideró que el oprobio por causa del Mesías era una mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa [que Dios le dará]” (Hebreos 11:24-26).

Muchas veces resulta difícil ver el resultado final del pecado. Debido a que el diablo es el dios de este mundo (2 Corintios 4:4) y ayuda a los que deciden pecar (Mateo 4:8-10), la inmoralidad puede parecer una forma pronta y segura de obtener placer y cosas agradables.

Pero tales cosas obtenidas inmoralmente cobran un precio muy alto, como claramente se muestra en este salmo:

“Sentí envidia de los arrogantes, al ver la prosperidad de esos malvados . . . Son burlones, hablan con doblez, y arrogantes oprimen y amenazan. Con la boca increpan al cielo, con la lengua dominan la tierra. Por eso la gente acude a ellos y cree todo lo que afirman . . . Así son los impíos; sin afanarse, aumentan sus riquezas. En verdad, ¿de qué me sirve mantener mi corazón limpio y mis manos lavadas en la inocencia, si todo el día me golpean y de mañana me castigan? . . .

“Cuando traté de comprender todo esto, me resultó una carga insoportable, hasta que entré en el santuario de Dios; *allí comprendí cuál será el destino de los malvados*: En verdad, los has puesto en terreno resbaladizo, y los empujas a su propia destrucción. ¡En un instante serán destruidos, totalmente consumidos por el terror! Como quien despierta de un sueño, así, Señor, cuando tú te levantes, desecharás su falsa apariencia . . .

“Perecerán los que se alejen de ti; tú destruyes a los que te son infieles. Para mí el bien es estar cerca de Dios. He hecho del Señor Soberano mi refugio para contar todas sus obras” (Salmos 73:3-28).

Sin importar cuántos placeres o beneficios efímeros se puedan tener, ¡nada de ello compensa las consecuencias presentes y futuras del pecado!

cumplimiento de la letra de la ley. Pocos días antes de ser crucificado, Jesús esclareció este principio: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria . . . serán reunidas delante de él todas las naciones . . . Entonces el rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.

”Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.

”Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis . . . E irán estos [los que no hicieron estas cosas] al castigo eterno, y los justos [los que las hicieron] a la vida eterna” (Mateo 25:31-43, 46).

Jesús ilustró este mismo principio con otros relatos. Su parábola acerca del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31) es un excelente ejemplo de un pecado de omisión. El hombre rico nunca tomó en cuenta al pobre mendigo; para él, su vida no tenía ninguna importancia, pero para Dios sí era valiosa.

Otro acaudalado hombre pensaba construir más graneros para poder guardar la abundante cosecha que había tenido ese año, pero ni siquiera pensaba en tenderle la mano a los necesitados (Lucas 12:16-21). Su única meta era conservar toda esa gran abundancia de bienes para sí, sin importarle el hambre o la necesidad que tenían otros. Este es otro ejemplo de un pecado de omisión.

Abundan las oportunidades para hacer lo que sabemos que debemos hacer. Podemos empezar con nuestra propia familia, haciendo lo necesario para que sea fuerte, afectuosa y una fuente de aliento y apoyo para todos sus miembros. También tenemos muchas oportunidades fuera de la familia. En Santiago 1:27 se nos dice que “la religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es esta: atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y conservarse limpio de la corrupción del mundo” (NVI).

Dios quiere que lleguemos a ser más compasivos, que amemos a nuestros semejantes, que personifiquemos lo que son los caminos de la verdadera justicia. Quiere que cada día nos parezcamos más a Jesucristo, quien ofreció su vida en sacrificio por toda la humanidad. En la vida existen

muchas oportunidades para animar, fortalecer y mostrar amor hacia quienes lo necesitan. Cuando así actuamos, estamos haciendo buenas obras, sacrificando nuestro tiempo y energía por el bienestar y provecho de otras personas.

Entendamos por qué pecamos

Ahora que ya hemos visto cómo se define el pecado en la Biblia, por lo que hacemos y lo que no hacemos, analicemos otra pregunta muy importante: *¿Por qué pecamos?*

El apóstol Pablo explica claramente la frustración que todos sentimos ante el pecado: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7:15).

Debido a que Pablo era tan humano como nosotros, se lamentó: “Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, *sino el pecado que mora en mí*. Y yo sé que en mí, esto es, *en mi carne*, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, *pero no el hacerlo*” (vv. 16-18).

Como bien hace notar el apóstol, nuestra capacidad natural para some-

¿Debemos obedecer los mandamientos de Dios?

Jesús expresamente nos señala que en nuestra obediencia debemos incluir los Diez Mandamientos.

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 19:16-19).

La obediencia a Dios comienza cuando reconocemos al Decálogo como la pauta permanente de nuestro comportamiento. Pero nuestra obediencia debe ir *más allá* de la simple obediencia a los Diez Mandamientos.

Jesús también dijo: “No crean ustedes que yo he venido a poner fin a la ley ni a las enseñanzas de los profetas; no he venido a ponerles fin, *sino a*

darles su verdadero significado. Pues les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, no se le quitará a la ley ni un punto ni una letra, hasta que suceda todo lo que tiene que suceder. Por eso, el que no obedece uno de los mandatos de la ley, aunque sea el más pequeño, ni enseña a la gente a obedecerlo, será considerado el más pequeño en el reino de Dios. Pero el que los obedece y enseña a otros a hacer lo mismo, será considerado grande en el reino de Dios” (Mateo 5:17-19, Versión Popular).

Es pecado no dar importancia o *negarse a cumplir* con lo que Dios nos manda. Jesús dejó bien claro que no tenía intención alguna de anular o abolir ningún mandamiento proveniente de Dios, y que cualquiera que pretendiera hacerlo o enseñar a otros a hacerlo estaría en un serio peligro espiritual. (Si desea estudiar más sobre este tema, no deje de solicitar nuestros folletos gratuitos *Los Diez Mandamientos*).

ternos correctamente a las normas y principios que Dios ha establecido en su ley es muy limitada. Jesús explicó que podemos desear y *estar dispuestos* a hacer lo correcto, pero fallamos porque nuestra naturaleza humana es débil y predispuesta a la tentación. “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41). Es *la debilidad de la carne* lo que nos conduce al pecado.

Pero dejemos que la Biblia misma nos explique por qué con tanta frecuencia abandonamos nuestra firme resolución de no pecar y caemos en tentación.

El apóstol Santiago explica



Pablo usa la analogía de la esclavitud para esclarecer aún más cuán fuertemente pueden subyugarnos los apetitos de la carne bajo la influencia de Satanás.

claramente que el pecado se origina en los apetitos carnales, porque “cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces *la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado . . .*” (Santiago 1:14-15).

Nuestra condición humana no es inherentemente mala, pero sí es débil. El resultado de esto es que nuestros apetitos carnales nos tientan y nos conducen al pecado.

El apóstol Pablo podía entender claramente la magnitud de este problema, por lo que exclamó: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). En el versículo siguiente podemos leer lo que él mismo se contestó: “Gracias doy a Dios, *por Jesucristo Señor nuestro*. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas *con la carne* a la ley del pecado”. Pablo deja muy claro que el pecado se origina en la falta de control de nuestros apetitos carnales.

¿Cuándo es malo desear algo?

¿Es siempre malo desear algo? Cuando el apóstol Pablo dijo: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, *no mora el bien . . .*” (Romanos 7:18), ¿quiso decir que todos nuestros deseos son malos? De ninguna manera. También pudo haber dicho: “Yo sé que en mí no mora nada que sea inherentemente malo”.

La carne, en sí y por sí misma, es neutra en lo que al pecado y a la jus-

ticia se refiere. De hecho, en Génesis 1:31 se nos hace saber lo que Dios pensó al concluir su creación, que incluyó a Adán y Eva, seres físicos lo mismo que nosotros: “Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”. Nada de lo que Dios ha hecho es inherentemente malo.

Los apetitos y necesidades naturales de nuestro cuerpo deben confirmarnos que Dios los creó con un propósito bueno y saludable. Si no sintiéramos el deseo de comer, moriríamos de inanición. Pero ese mismo deseo, si no se controla, puede llevarnos a los excesos y a la glotonería. Los apetitos y deseos naturales de la carne no son pecaminosos en sí; es *la forma en que los usamos* la que puede ser buena o mala. Si no tuviésemos deseos, nuestra vida sería monótona y sin propósito. Los deseos son la fuerza que nos impele. Por eso fue que Dios creó las necesidades físicas que avivan los deseos o urgencias de nuestro cuerpo.

La importancia del dominio propio

Nuestra lucha, entonces, consiste en gobernar apropiadamente nuestros deseos. Dios espera que busquemos y utilicemos su ayuda a fin de que podamos dirigirlos hacia lo que es lícito.

Cuando el apóstol Pablo habló en su propia defensa ante el gobernador romano Félix, tocó el tema “de la justicia, del *dominio propio* y del juicio venidero” (Hechos 24:25). Ejercer dominio propio es de vital importancia. En Romanos 13:14 se nos exhorta: “*No proveáis para los deseos de la carne*”. En otras palabras, lo que debemos hacer es controlar nuestros deseos para que no se conviertan en codicia ni en acciones pecaminosas.

El pecado siempre tiene efectos colaterales. Cuando ciertos deseos no se controlan, provocan otras reacciones. Resulta especialmente afectada la actitud hacia Dios y hacia otras personas. Se va arraigando un espíritu negativo y erróneo. Por eso es que en 2 Corintios 7:1 el apóstol Pablo nos amonesta: “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”.

La mente carnal

Con respecto a una mente cegada por “las concupiscencias de la carne” (2 Pedro 2:18) y “las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11), el apóstol Pablo escribió lo siguiente: “*Los que viven según la carne*, piensan en los deseos de la carne. Pero *los que viven según el Espíritu*, piensan en los deseos del Espíritu. La inclinación de la carne es muerte, pero la inclinación del Espíritu es vida y paz. Porque *la inclinación de la carne es contraria a Dios, y no se sujeta a la Ley de Dios, ni tampoco puede*. Así, los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:5-7). (No deje de leer el recuadro “¿Qué hay de malo con la naturaleza humana?”, pp. 24-25.)

Dos capítulos antes, en esta misma epístola, Pablo usa la analogía de la esclavitud para esclarecer aún más cuán fuertemente pueden subyugar los apetitos de la carne bajo la influencia de Satanás: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser *siervos de la justicia*” (Romanos 6:16-18).

Remedio para la debilidad de la carne

La ley espiritual de Dios es santa, justa y buena (Romanos 7:12, 14) y es perfecta (Salmos 19:7). Pero también se nos explica que aunque la ley *define* lo que es pecado (Romanos 7:7), no puede evitarlo. Nos da entendimiento acerca de la debilidad de la carne, pero *no nos da el poder para vencerla*.

“En efecto, la ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder; por eso Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado. Así condenó Dios al pecado en la naturaleza humana, a fin de que las justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu” (Romanos 8:3-4, NVI).

El poder para dominar nuestros impulsos y apetitos carnales *tiene que provenir de Dios por medio de su Espíritu*. “Así que les digo: Vivan por el Espíritu, y no seguirán los deseos de la naturaleza pecaminosa. Porque ésta desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren” (Gálatas 5:16-17, NVI).

Enseguida veremos cómo nuestras transgresiones son perdonadas, a fin de que podamos recibir el Espíritu de Dios y adquirir el poder para rechazar y vencer el pecado.

¿Por qué debemos bautizarnos?

“El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16:16).

El verdadero arrepentimiento nos lleva a rendirnos incondicionalmente a la voluntad de Dios. Cuando uno llega a ese punto, el siguiente paso es seguir la exhortación del apóstol Pedro: “. . . bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados . . .” (Hechos 2:38).

Una de las costumbres más antiguas del cristianismo es el bautismo en agua. Aunque algunos lo consideran ineficaz y anticuado, en realidad encierra un simbolismo muy profundo.

Para poder entender el significado del bautismo, analicemos brevemente sus antecedentes históricos. “En algún momento cerca del tiempo de Jesús, el judaísmo empezó a dar mucha importancia a los lavamientos rituales para la purificación. Esto se basaba en el hecho de que los sacerdotes tenían que bañarse antes de ofrecer sacrificios (Levítico 16:4, 24). Probablemente poco antes del tiempo de Jesús, o en su tiempo, los judíos empezaron a bautizar a los gentiles conversos, aunque la circuncisión continuaba siendo el rito principal para ingresar en el judaísmo” (*The Holman Bible Dictionary* [Diccionario bíblico de Holman], 1991).

Debido a este precedente, nadie consideraba extraño que Jesús o sus apóstoles hicieran hincapié en la necesidad de bautizarse. Pero además del simbolismo relativo al lavamiento de impurezas, el bautismo tenía un significado mucho más importante para Jesús y los apóstoles.

Solo el comienzo

El bautismo simboliza varias verdades espiritualmente profundas. Representa la muerte, sepultura y resurrección, tanto de Jesús como de nosotros.

El bautismo es una prueba de que reconocemos la necesidad de la sangre derramada de Jesucristo por nuestros pecados y simboliza la sepultura de nuestra vida anterior en esa tumba acuática. Y así como Jesús fue resucitado como un ser espiritual, nuestra salida de esa tumba de agua simboliza nuestra nueva vida espiritual. Nuestro entendimiento acerca de lo que son el arrepentimiento y la conversión verdaderos hace del bautismo algo superior a un rito simbólico; en realidad es un acto que *cambia profunda-*

mente nuestra vida.

Es importante darnos cuenta de que el bautismo no es *el final* del proceso de conversión, ¡sino apenas *el principio*! En Romanos 6, el apóstol Pablo nos exhorta a que “andemos en vida nueva” (v. 4) y a que nos consideremos “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (v. 11). El bautismo es una muestra *exterior* de un cambio *interior* del corazón y de la mente.



Luego, en Colosenses 3:9-10 el apóstol nos aconseja: “Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de *la vieja naturaleza* con sus vicios, y se han puesto el de *la nueva naturaleza*, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador” (NVI).

En la Epístola a los Hebreos

Las aguas del bautismo lavan nuestros pecados. A partir de ese momento podemos vivir con la conciencia tranquila.

se nos asegura que el sacrificio de Cristo, el cual aceptamos formalmente al momento del bautismo (Romanos 6:1-6), “purificará nuestra conciencia de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente” (Hebreos 9:14, NVI). Esto quiere decir que, por medio del arrepentimiento y el bautismo, recibimos el perdón de nuestros pecados pasados y ya no debemos sentirnos culpables por ellos.

¿Cuán grande es el perdón de Dios? El rey David escribió: “Tan grande es su amor por los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra. Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones como lejos del oriente está el occidente” (Salmos 103:11-12, NVI).

Inspirado por Dios, uno de los antiguos profetas escribió: “Vengan, pongamos las cosas en claro —dice el SEÑOR—. ¿Son sus pecados como escarlata? ¡Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como la púrpura? ¡Quedarán como la lana!” (Isaías 1:18, NVI). Por medio del sacrificio de Jesucristo, las aguas del bautismo lavan nuestros pecados (Hechos 22:16). A partir de ese momento, podemos vivir con la conciencia tranquila.

¿Por qué necesitamos el sacrificio de Cristo?

En la Biblia se nos dice que “la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos

6:23). Solo por medio del sacrificio de Jesucristo podemos recibir esa dádiva de la vida. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

En Isaías 59:2 se nos dice que nuestros pecados nos han separado de Dios. Pero la muerte de Jesucristo nos ofrece la oportunidad de reconciliarnos con él.

En dos de sus epístolas, el apóstol Pablo nos explica lo siguiente: “Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con él”,

La relación entre el método bautismal y su significado

¿Cuál es el método correcto para llevar a cabo el bautismo? ¿Es rociar o derramar agua sobre la persona, o debe esta ser sumergida? ¿O existe algún método distinto? Tal como lo demuestran la mayoría de los diccionarios bíblicos, la voz griega que se traduce en español como “bautizar” es *baptizo*, que quiere decir “sumergir”, “hundir”. En el idioma griego existen varias palabras que se refieren a rociar o derramar, pero ninguna de ellas se usa en relación con el bautismo.

En todos los ejemplos bíblicos podemos ver que el rito del bautismo siempre se llevaba a cabo en un lugar donde había aguas lo suficientemente profundas como para sumergir a la persona. Por ejemplo, en Juan 3:23 leemos que Juan el Bautista “bautizaba también en Enón, junto a Salim, *porque había allí muchas aguas*”. En Mateo 3:16 se nos dice que “Jesús, después que fue bautizado, *subió luego del agua*”.

Todos los demás ejemplos de bautismo efectuados por los discípulos de Jesús que se mencionan en la Biblia siguen este mismo patrón. En Hechos 8:38-39 leemos que Felipe y el eunuco “*descendieron ambos al agua*”, y después de efectuado el bautismo “*subieron del agua*”. En las Escrituras no se encuentra ningún otro método de bautismo en agua.

La inmersión es el único método o procedimiento correcto de bautismo, por una razón muy importante: el apóstol Pablo describió claramente el bautismo como una sepultura simbólica: “¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo...” (Romanos 6:3-4). Ningún otro método de bautismo, a excepción de la completa inmersión en agua, puede representar una verdadera sepultura. El bautismo simboliza la sepultura de nuestro viejo ser.

En la Biblia vemos que el bautismo debe llevarse a cabo en donde haya suficiente agua para que la persona pueda ser sumergida completamente. Este método de bautismo tiene un profundo significado.

En Romanos 6 leemos que este rito no solo representa la sepultura de nuestro viejo yo, sino también *nuestra fe en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús* como nuestro Señor y Maestro. Es además una figura de nuestra resurrección de una muerte simbólica a una nueva vida de conversión al salir de la tumba acuática del bautismo. Simboliza también nuestra fe en que, así como Jesús fue resucitado, Dios nos resucitará a nosotros a la inmortalidad cuando Cristo regrese.

liados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:8-10).

“Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz. En otro tiempo ustedes, por su actitud y sus malas acciones, estaban alejados de Dios y eran sus enemigos. Pero ahora



El profeta Isaías escribió sobre el futuro martirio y muerte del Mesías: “Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, . . . Él fue traspasado por nuestras rebeliones . . . sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz”.

Dios, a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte” (Colosenses 1:19-22, NVI).

Muchos siglos antes del nacimiento de Jesús, fue profetizado que él moriría por nuestros pecados. Con respecto a su sufrimiento y sacrificio, uno de los antiguos profetas escribió: “Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento. Todos evitaban mirarlo; fue despreciado, y no lo estimamos. Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el SEÑOR hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros” (Isaías 53:3-6, NVI).

En Romanos 6:3-4 Pablo explica la relación que existe entre la muerte de Jesucristo y nuestro bautismo: “¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos a Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, *mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte*, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, *también nosotros llevemos una vida nueva*”. En el versículo 6 dice: “Sabemos que *nuestra vieja naturaleza fue crucificada*

con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado” (NVI).

Comprados por un precio

Antes de ser bautizados, en la Biblia se nos considera como esclavos de nuestra naturaleza pecaminosa. Pero cuando somos bautizados y nuestros pecados son perdonados, Dios nos considera como siervos de justicia. Somos *redimidos*, liberados de la esclavitud del pecado para convertirnos en siervos de la verdadera justicia (Romanos 6:16-19).

De hecho, lo que sucede cuando nos bautizamos es un traspaso de propiedad, gracias al cual nuestra vida ahora pertenece a Dios. Desde ese momento en adelante nos comprometemos a decirle, *con nuestras acciones*, lo mismo que le dijo Jesús: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42).

El apóstol Pablo nos hace notar que este traspaso de derecho tuvo un costo: “[Vosotros] habéis sido *comprados por precio*; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:20). Otro de los apóstoles nos aclara cuál fue el precio: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con *la sangre preciosa de Cristo*, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19).

Jesús ordenó el bautismo

Para Jesús, la ceremonia del bautismo —la cual, conforme a la mayoría de los ejemplos bíblicos es seguida por la imposición de manos— era tan importante, que ordenó a sus discípulos ir por todo el mundo y bautizar a las personas que creyeran el evangelio. “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo . . .” (Marcos 16:15-16).

En Hechos 2:38 vemos que el apóstol Pedro hizo hincapié en que, después de arrepentirnos, necesitamos ser bautizados a fin de que podamos recibir la dádiva del Espíritu Santo.

El bautismo implica un compromiso serio y profundo que transforma nuestra vida. Por tanto, solo deben bautizarse quienes tienen la madurez suficiente para entender la gran importancia de su decisión.

Salvo en los casos excepcionales de algunas personas en sus últimos años de adolescencia, los jóvenes y niños aún no son capaces de comprender debidamente el compromiso de por vida que representa tal decisión. En todos los casos bíblicos de bautismo podemos ver que las personas bautizadas contaban con la edad y la madurez suficientes como para comprender lo que es el arrepentimiento, el bautismo y la seriedad de tal deci-

sión. (Al respecto, no deje de leer el recuadro en esta página “¿Cuánto nos costará seguir a Jesucristo?”) En la Biblia no encontramos un solo caso en que un bebé o un niño de cualquier edad haya sido bautizado.

Simbólicamente, el bautismo en agua nos lava de nuestros pecados pasados (Hechos 22:26), pero Jesucristo no nos abandona para que nos enfrentemos solos al futuro. Nos ofrece la maravillosa dádiva del Espíritu Santo a fin de que tengamos la fortaleza que necesitamos para llevar una vida de obediencia y fe.

Cómo otorga Dios su Espíritu

Cuando nos arrepentimos y somos bautizados, recibimos dos dones. Uno de ellos es el perdón de nuestros pecados; todos nuestros errores pasados son borrados y somos perdonados totalmente. El otro es la dádiva del Espíritu Santo, el cual Dios le da a la persona cuando, después de ser bautizada, le son *impuestas las manos* por uno o más de sus fieles siervos (Hechos 8:14-17).

En las Escrituras se habla de la imposición de manos como uno de los

¿Cuánto nos costará seguir a Cristo?

El bautismo representa el compromiso más serio que podamos hacer. Simboliza nuestro intenso deseo de someternos total y absolutamente a la voluntad de nuestro Creador, haciendo morir en nosotros el viejo yo y saliendo luego de la tumba acuática para vivir una vida nueva y transformada.

Debido a que esta decisión encierra un tremendo compromiso, en la Biblia se nos aconseja no tomarla a la ligera o precipitadamente.

Grandes multitudes eran atraídas por Jesús y por sus enseñanzas, y algunas veces lo seguían de un lugar a otro. Conociendo la actitud de la gente, en cierta ocasión les dijo: “El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo necesario para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué

rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz” (Lucas 14:27-32).

Jesús usó estos dos ejemplos para hacerles entender que debían calcular el costo. En otras palabras, reconocer y aceptar las consecuencias del compromiso que representa el seguirlo a él. Primero dio el ejemplo de alguien que empieza la costosa y prolongada construcción de un edificio. Hizo notar que nadie debería empezar semejante empresa sin antes estar seguro de poder terminarla.

En el segundo ejemplo comparó nuestro compromiso con la determinación de declarar una guerra, e iniciar así la enorme y agotadora lucha en la que tendremos que enfrentarnos a dificultades, fracasos y derrotas. ¿Estamos dispuestos a mantener nuestro compromiso en esa contienda hasta el fin, sin importar el sacrificio personal que pueda costarnos?

aspectos fundamentales de la doctrina de Jesucristo (Hebreos 6:1-2). Esta ceremonia, lo mismo que el bautismo, representa un paso importante en la conversión de la persona. ¿Por qué? Porque en la mayoría de los ejemplos del Nuevo Testamento se nos muestra que es por medio de *la imposición de manos* de los siervos de Cristo que Dios *da su Espíritu* a los nuevos conversos.

Al igual que el bautismo, la imposición de manos tiene su origen en el Antiguo Testamento. En aquellos tiempos esta costumbre, frecuentemente acompañada de la unción con aceite, se usaba para consagrar a los hombres que habían de servir a Dios como reyes o sacerdotes. También se usaba algunas veces para consagrar sacrificios u otras cosas para uso santo. Igualmente, la imposición de manos después del bautismo significa que la persona recién bautizada ha sido consagrada a Dios a partir de ese momento.

Desde la época de los apóstoles, la imposición de manos después del bautismo determina el momento en que se recibe el Espíritu Santo y la persona es consagrada como un hijo de Dios. Solo por medio de la dádiva

En el versículo 33 Jesús nos dice que nuestro compromiso debe ser total: "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo". El bautismo representa un compromiso consciente y deliberado de poner a Dios por sobre todas las cosas, sin importar el costo.

Lo que él espera de nosotros es que en verdad nos comprometamos seriamente a hacer su voluntad. Pero la recompensa es muy grande. Y, además, su promesa para cada persona que decide obedecerlo es: "No te desamparé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre" (Hebreos 13:5-6).

En Filipenses 1:6 el apóstol Pablo nos dice: "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo". A pesar de todas las dificultades que tuvo que sufrir, Pablo siempre tuvo la certeza de que su futuro le estaba garantizado. Dijo: "Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Timoteo 4:8). Este siervo de

Dios estaba plenamente convencido de que "las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse" (Romanos 8:18).

Antes de ser bautizados debemos pensar detenidamente en el costo. Cuando nos arrepentimos, somos bautizados y recibimos el Espíritu de Dios, ya no hay forma de retroceder. Jesús nos dice que no debemos titubear en nuestro compromiso. En cierta ocasión en que un hombre vaciló en seguirlo, Jesús le dijo: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Lucas 9:62).

El futuro que Dios nos ofrece es tan maravilloso, que los desafíos y dificultades que podamos enfrentar en el camino son mínimos en comparación (Romanos 8:18). Por eso es que en Hebreos 2:1-3 se nos advierte que "es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?"

de ese Espíritu podemos desarrollar una verdadera actitud de obediencia y fe. La imposición de manos para recibir el Espíritu de Dios se menciona en Hechos 8:17 y 19:6, y en 2 Timoteo 1:6.

Cuando recibimos el Espíritu de Dios empezamos una *nueva vida* de crecimiento espiritual, en la cual reemplazamos nuestra naturaleza

pecaminosa con la naturaleza divina de Dios (2 Pedro 1:4). El bautismo significa que somos apartados como hijos de Dios. El resultado es la guía y dirección que recibimos cuando el Espíritu de Dios mora en nosotros y nos guía hacia el Reino de Dios.

¿Cree usted que Dios lo está guiando para que lo conozca mejor y comprenda más claramente su Palabra y su voluntad?



Desde la época de los apóstoles, la imposición de manos después del bautismo determina el momento en que se recibe el Espíritu Santo y la persona es consagrada como un hijo de Dios.

Si la respuesta es positiva, entonces debe pensar seriamente en proceder conforme a ese entendimiento que él le está dando.

Uno debe ser bautizado por un verdadero siervo de Jesucristo, uno que tema a Dios y obedezca sus leyes. El apóstol Pablo escribió: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:14-15).

La Iglesia de Dios Unida cuenta con ministros en muchas partes del mundo, quienes han sido preparados para poder aconsejar y bautizar a quienes sinceramente se han arrepentido ante Dios. Si usted considera que Dios lo está llamando y desea consultar con uno de nuestros ministros, por favor háganoslo saber y con mucho gusto lo pondremos en contacto con nuestro representante más cercano al lugar donde usted reside.

Después del bautismo, Dios empieza a cambiar nuestra vida por medio del poder de su Espíritu. Analicemos ahora lo que ese Espíritu hace en la vida de un verdadero seguidor de Jesucristo.

El Espíritu Santo: El poder de conversión de Dios

*“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios”
(Romanos 8:13-14).*

Nadie puede vencer el pecado sin la ayuda de Dios. Aun en el caso de que por nuestra propia voluntad lográramos cambiar nuestras acciones, solo Dios puede cambiar nuestra mente.

Por este motivo el apóstol Pablo exhortó a los cristianos de Roma diciéndoles: “No se amolden al mundo actual, sino *sean transformados mediante la renovación de su mente*” (Romanos 12:2, NVI). Leyendo en Romanos 8:14 podemos entender cómo obra el Espíritu de Dios en la vida de los seguidores de Jesús: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios”. Aquí vemos que, para que Dios nos considere sus hijos, debemos *dejarnos guiar* por su Espíritu.

En el versículo 9 se nos dice que si el Espíritu de Dios no mora en nosotros, entonces *no somos de Cristo*. Por esta razón es imprescindible que nos arrepintamos, seamos bautizados y nos sometamos incondicionalmente a la voluntad de Dios, para recibir la dádiva de su santo Espíritu.

Por lo que Pablo escribió en Colosenses 1:27 podemos entender que realmente somos cristianos cuando Cristo está en nosotros. En otras palabras, Cristo puede venir a morar en nosotros solo cuando permitimos que el poder del Espíritu de Dios obre en nuestra vida.

En Gálatas 2:20 leemos acerca de la perspectiva de la vida que Pablo tenía después de haber recibido el Espíritu de Dios: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas *vive Cristo en mí*; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Habiendo sido sepultado junto con Jesucristo en la tumba acuática del bautismo, Pablo vivía ahora una vida que no era la de él. En otras partes también habla de la transformación que experimentó al permitir que Cristo viviera nuevamente su vida en él. Esa es la forma en que complacemos a Dios: imitando a su Hijo. El apóstol nos exhorta: “Imítanme a mí, como yo

imito a Cristo” (1 Corintios 11:1), y también: “La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús” (Filipenses 2:5, NVI).

Pero en realidad no podemos vivir una vida de conversión solamente por nuestros propios esfuerzos. Si bien tenemos que hacer nuestra parte, logramos la victoria únicamente por medio del poder y la ayuda de *Dios*. Por lo tanto, la alabanza y el reconocimiento son para nuestro Creador.

Para poder imitar a Cristo debemos pedirle a Dios la ayuda de su Espíritu, a fin de que por ese poder logremos hacer que nuestros pensamientos, actitudes y acciones estén en armonía con los de él (2 Corintios 10:3-5). Debemos permitir que su Espíritu sea la fuerza que guíe nuestra vida a fin

¿Es el Espíritu Santo una persona?

En la Biblia se habla del Espíritu Santo en muchas formas que comprueban que no es un personaje divino. Por ejemplo, en Hechos 10:45 y 1 Timoteo 4:14 se menciona como un *don*. En 1 Tesalonicenses 5:19 se nos hace notar que puede ser *apagado*. También se nos dice que puede ser *derramado* (Hechos 2:17; 10:45), y que somos *bautizados en él* (Mateo 3:11). Debemos *avivarlo* (2 Timoteo 1:6) y es algo que nos *renueva* (Tito 3:5). Obviamente, estos atributos no son propios de una persona.

Efesios 1 nos dice que, después de que oímos la palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación, y creímos en Jesucristo, fuimos “sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia”, y que este es “espíritu de sabiduría y de revelación” (vv. 13-14, 17).

En agudo contraste con Dios y Jesucristo, quienes a menudo son comparados con los seres humanos que fueron hechos a imagen y semejanza de ellos, al Espíritu Santo se le representa de una forma completamente diferente y con la misma frecuencia. Se le describe como “paloma” (Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32) y como “lenguas de fuego” (Hechos 2:3-4). Jesús mismo lo describió como “ríos de agua viva” (Juan 7:37-39).

En los Evangelios encontramos más pruebas de que el Espíritu Santo no es una persona. En Mateo 1:20 leemos que Jesús fue concebido “por obra del Espíritu Santo” (NVI). Sin embargo, cuando Jesús oraba al Padre o hablaba de él, era precisamente a él a quien siempre llamaba

Padre, no al Espíritu Santo (Mateo 10:32-33; 11:25-27; 12:50; 15:13; 16:17, 27; 18:10, 35).

Jesús jamás llamó Padre al Espíritu Santo, y nunca habló de este como si fuera un tercer personaje de la divinidad. Jesús solo hablaba de la relación entre él y Dios el Padre (Mateo 26:39; Marcos 13:32; 15:34; Juan 5:18, 22; 8:16, 18; 10:30; 13:3; 17:11).

Si existiera la Trinidad, es obvio que el apóstol Pablo lo hubiera entendido y enseñado con vehemencia. Pero en todas sus epístolas no se encuentra una sola alusión a tal idea. El saludo que generalmente usaba Pablo en sus cartas era: “Gracia y paz a vosotros, de nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. Este mismo saludo, con ligeras variaciones, aparece en cada una de las epístolas que llevan su nombre: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; 1 Timoteo 1:2; 2 Timoteo 1:2; Tito 1:4; Filemón 3. Como se puede ver, nunca se menciona el Espíritu Santo, lo cual sería un descuido inadmisibles si realmente este fuera una persona igual a Dios y a Jesucristo.

Esto resulta aún más sorprendente si tenemos en cuenta que las iglesias a las que Pablo escribió contaban con muchos miembros que provenían de religiones politeístas. En ninguna de sus epístolas vemos que Pablo haya intentado siquiera explicar la Trinidad o que el Espíritu Santo fuera una persona igual a Dios y a Jesús.

En 1 Corintios 8:6 el apóstol categóricamente dice: “No hay más que un solo Dios, el Padre,

de que podamos producir las cualidades del verdadero cristianismo. Debemos preguntarnos si realmente estamos siendo *guiados* por el Espíritu de Dios o si lo estamos contrarrestando.

¿Qué es el Espíritu Santo?

Para poder entender cómo obra el Espíritu de Dios en nosotros, tenemos que comprender qué es. Existe mucha confusión en este asunto.

Primero debemos entender que el Espíritu no es otra “persona” que junto con Dios el Padre y Jesucristo forman una “Santísima Trinidad”. En la Biblia sencillamente no existen pruebas que apoyen esta creencia popu-

de quien todo procede . . . y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo . . .” (NVI). No hace referencia alguna al Espíritu Santo como un personaje divino.

En el último libro de la Biblia (el último también en ser escrito) se nos habla de “un cielo nuevo y una tierra nueva”, de “la ciudad santa, la nueva Jerusalén”, y que en esa ciudad estará la morada de Dios entre los hombres, porque “Dios mismo estará con ellos y será su Dios” (Apocalipsis 21:1-3). Luego, en el versículo 22 leemos que en esa ciudad no habrá ningún templo “porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero [Jesucristo]”. Aquí tampoco se hace mención del Espíritu Santo, otra inexplicable omisión si este realmente forma parte de una Trinidad.

En Juan 4:24 leemos que “Dios es Espíritu”, y en Lucas 1:35 vemos que un ángel se refiere al Espíritu Santo como “el poder del Altísimo”. Este es el mismo poder que los seres humanos podemos recibir de Dios.

En muchas otras partes de la Biblia se nos muestra una correlación directa entre el Espíritu Santo y el poder de Dios. Por ejemplo, en una de sus epístolas el apóstol Pablo nos recuerda que “no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de *poder*, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7). Otros pasajes también se refieren al Espíritu Santo como *al poder* de Dios (Miqueas 3:8; Zacarías 4:6).

En Lucas 4:14 podemos ver que Jesús empezó su ministerio “en el poder del Espíritu”. Refiriéndose al Espíritu Santo, el cual les enviaría después de su muerte y resurrección, Jesús dijo

a sus discípulos: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo . . .” (Hechos 1:8).

En su elocuente y apasionado sermón registrado en Hechos 10, el apóstol Pedro mencionó “cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (v. 38).

Aquí, el Espíritu Santo es identificado directamente con el poder por medio del cual Dios obraba en su Hijo, el poder por el cual Jesús realizó grandes milagros durante su ministerio. El Espíritu Santo es la presencia misma del poder de Dios que obra activamente en sus siervos (Salmos 51:11; 139:7).

Pablo expresaba su deseo de que sus hermanos en la Iglesia abundaran “en esperanza por el *poder* del Espíritu Santo”, para que también por medio de ellos Jesucristo pudiera obrar de la misma manera que había obrado por medio de él, “con potencia de señales y prodigios, en el *poder* del Espíritu de Dios” (Romanos 15:13, 18-19).

Este es el Espíritu que fortalece a los seguidores de Cristo para que puedan ir creciendo y madurando en los caminos de Dios, transformando así su vida para llegar a ser como Jesucristo.

Cuando en la Biblia se hace referencia al Espíritu Santo con pronombres como “él” o “él mismo”, esto no prueba que el Espíritu Santo sea una persona. Como sabemos, en el idioma español estos pronombres (ya sean masculinos o femeninos) también son usados para referirse a objetos e incluso animales.

lar. Generalmente, en las Escrituras se hace referencia al Espíritu Santo como el *poder de Dios* que obra en nuestra vida. Los que permiten que ese poder los *guíe* son “hijos de Dios” (Romanos 8:14).

¿Qué es lo que el Espíritu de Dios hace por nosotros? Esta pregunta tiene mucho que ver con el meollo de nuestras creencias, porque sin el

¿Por qué los teólogos no pueden explicar la Trinidad?

Mucha gente piensa que el Espíritu Santo es una persona, y que junto con Dios el Padre y su Hijo Jesucristo constituyen lo que se conoce como *la Trinidad*. La doctrina de la Trinidad es la creencia de que Dios existe en tres personas distintas pero iguales. ¿Es realmente el Espíritu Santo una tercera persona de la divinidad, junto con el Padre y Jesús?

A pesar de todo lo que digan quienes sostienen tal creencia, la palabra *Trinidad* ni siquiera aparece en la Biblia. De hecho, esta palabra vino a ser conocida como un término religioso siglos después de que fueran escritos los últimos libros de la Biblia. Según una fuente de información bíblica, “el término ‘Trinidad’ no se encuentra en la Biblia. Tertuliano lo usó por primera vez al final del segundo siglo, pero no fue explicado formalmente ni conocido popularmente hasta los siglos cuarto y quinto” (*New Bible Dictionary* [Nuevo diccionario bíblico], 1996).

Este diccionario explica además que “la doctrina formal de la Trinidad fue el resultado de varios intentos fallidos al tratar de explicar qué y quién era el Dios cristiano . . . A fin de resolver estos problemas, los padres de la iglesia se reunieron en el concilio de Nicea en el año 325 para elaborar una definición bíblica ortodoxa de la identidad divina”. No obstante, no fue hasta el año 381, “en el concilio de Constantinopla, [que] la divinidad del Espíritu fue confirmada . . .” (*ibidem*).

Vemos, pues, que la doctrina de la Trinidad fue formalmente establecida mucho tiempo después de la muerte de los apóstoles y de que la Biblia ya estuviera completa. A otros teólogos

posteriores les tomó siglos explicar lo que creían con respecto al Espíritu Santo.

Y las explicaciones de los teólogos acerca de la doctrina de la Trinidad no son claras en absoluto. El escritor A. W. Tozer afirma que la Trinidad es un “misterio incomprensible” y que los intentos para entenderlo serán “por siempre inútiles” (*The Knowledge of the Holy* [El conocimiento de lo santo], 1961, pp. 17-18). Él reconoce que las iglesias han continuado enseñando esta doctrina a pesar de que no la comprenden.

En su artículo sobre la Trinidad, otro diccionario confiesa que el concepto trinitario es humanamente incomprensible: “Todos los que con diligencia han tratado este asunto reconocen que la revelación en la Escritura nos conduce a un profundo misterio, y que todos los esfuerzos humanos por lograr explicarlo son por necesidad imperfectos” (*Unger’s Bible Dictionary* [Diccionario bíblico de Unger], 1966, p. 1118). ¿Por qué aun aquellos que creen en la doctrina de que el Espíritu Santo es la tercera persona que junto con Dios y su Hijo Jesucristo forman una divinidad supuestamente trina, no pueden explicarla?

¡Simplemente porque la Biblia no la enseña! ¡Uno no puede presentar como bíblico algo que no está en la Biblia! La Biblia es nuestra única fuente confiable de la revelación divina y de la verdad, y la doctrina de la Trinidad no forma parte de la revelación de Dios para la humanidad.

En la Biblia, el Espíritu Santo no se describe como una persona, sino como el poder divino de Dios (ver el recuadro “¿Es el Espíritu Santo una persona?”, pp. 44-45).

poder del Espíritu de Dios no podemos tener una relación profunda con él ni podemos ser sus hijos. Solo cuando el Espíritu de Dios mora en nosotros podemos ser considerados hijos de Dios (Romanos 8:14-17).

Debemos entender lo que significa ser “guiados por el Espíritu”. Dios nos ha dado libre albedrío, de manera que su Espíritu no nos obliga a vivir de cierto modo. No nos arrastra, controla ni empuja, sino que nos *guía*. No evitará que pequemos ni nos obligará a hacer lo correcto. Nos guía, pero nosotros debemos estar dispuestos a seguirlo.

Ayuda divina por medio del Espíritu de Dios

¿Cómo nos guía el Espíritu de Dios? Analicemos algunas formas.

El Espíritu Santo nos mantiene en contacto con la mente de Dios.

El Espíritu de Dios opera en y con nuestra mente. Uno de los apóstoles lo describe así: “El que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24). Por su Espíritu, Dios influye en nosotros para hacer lo que es bueno. Este es un tremendo contraste con el mundo que nos rodea y nuestra propia naturaleza humana, los cuales nos incitan a hacer lo malo.

El Espíritu Santo también nos ayuda a entender más claramente la verdad de Dios. Cuando Jesús prometió a los apóstoles que les enviaría el Espíritu, les dijo: “. . . él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).

El Espíritu nos inculca un entendimiento más profundo de la Palabra, el propósito y la voluntad de Dios. En 1 Corintios 2:9-11 se nos dice: “Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”.

Sin ese Espíritu, una persona no puede entender la Palabra y la voluntad de Dios, porque para ella “son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (v. 14).

Por medio del Espíritu de Dios podemos vencer el pecado. Cuando permitimos que el poder de Dios obre en nosotros, no hay ningún pecado al que no podamos sobreponernos. En Romanos 8:26 Pablo nos dice que “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”. Luego, en Filipenses 4:11-12 ese mismo apóstol explicó cómo había aprendido a contentarse, cualquiera que fuera la situación en que se encontrara. Y enseguida declaró: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (v. 13).

La vida de los seguidores de Cristo es una lucha constante contra su naturaleza pecaminosa, la cual van venciendo poco a poco. Los triunfos,

aunque no son fáciles de obtener, con la ayuda de Dios pueden lograrse; pues, como Jesús mismo nos asegura, “para Dios todo es posible” (Mateo 19:26; Marcos 10:27). Debemos estar conscientes de que Dios no quiere



que continuemos siendo como éramos antes de que nos llamara. Más bien, debemos hacer caso a la exhortación que leímos al principio de este capítulo: “No se amolden al mundo actual, sino *sean transformados mediante la renovación de su mente*” (Romanos 12:2, NVI). Ser cristianos requiere que diariamente estemos *venciendo y creciendo*;

El apóstol Pablo menciona los frutos que deben ser evidentes en quienes son guiados por el Espíritu de Dios: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio”

en otras palabras, debemos controlar todos nuestros pensamientos a fin de poder llegar a tener una actitud como la de Jesucristo (2 Corintios 10:3-5; Filipenses 2:5).

El Espíritu de Dios nos persuade y nos ayuda a ver el pecado como es realmente. Refiriéndose al Espíritu Santo, el cual daría a sus seguidores, Jesús les dijo: “Cuando él venga, convencerá al mundo de su error en cuanto al pecado . . .” (Juan 16:8, NVI). Cuando el Espíritu de Dios obra en nuestra conciencia, nos ayuda a identificar y evitar el pecado. Cuando llegamos a ver nuestros pecados tal y como son en verdad, la culpabilidad que nos embarga es absolutamente real.

El Espíritu de Dios produce buen fruto en nosotros. Así como un manzano produce manzanas, el Espíritu Santo produce una clase especial de fruto en la vida del cristiano. En Gálatas 5:22-23 el apóstol Pablo enumera los frutos que deben ser evidentes en quienes son guiados por el Espíritu de Dios: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (NVI). Cada uno de estos frutos merece un estudio cuidadoso, junto con un examen de uno mismo para ver hasta dónde se manifiestan tales frutos en su vida.

En su segunda epístola el apóstol Pedro resume el proceso que se requiere para alcanzar la madurez espiritual: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder,

mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales os ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de *la naturaleza divina*, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

”Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más *procurad hacer firme vuestra vocación y elección*; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:3-11).

El Espíritu de Dios también nos consuela, alienta y ayuda. Jesús prometió a sus seguidores que les enviaría el “Consolador” (Juan 14:16). El consuelo y apoyo verdaderos provienen de Dios, por medio de su Espíritu que mora en nosotros. No debemos preocuparnos excesivamente acerca de lo que pueda acontecer. El Espíritu de Dios nos da la seguridad de que sin importar lo que suceda, como se nos dice en Romanos 8:28, “Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (NVI).

Esta seguridad nos proporciona una perspectiva de la vida que pocos tienen en estos tiempos. Un cristiano ciertamente puede sentirse desalentado, pero por medio del Espíritu Santo puede empezar a ver la vida de una manera diferente. Como lo mencionamos antes, la paz es uno de los frutos que el Espíritu de Dios produce en la vida de los cristianos.

Cómo lograr la madurez espiritual

“Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección” (Hebreos 6:1).

La Biblia nos enseña que el Espíritu Santo es el poder de Dios por medio del cual nuestra vida puede ser transformada. Una vez que comprendemos correctamente este principio, podemos entender mejor el propósito que el Creador del universo tiene para nosotros y cuál es su voluntad.

El apóstol Pablo nos exhorta a que “siguiendo la verdad en amor, *crezcamos* en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15). En 1 Corintios 14:20 nos dice: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero *maduros* en el modo de pensar”.

Este proceso de crecimiento tiene que ver con nuestro dominio de los apetitos de la carne, reemplazándolos con la actitud de Cristo. Pero ¿cómo empezar?

Al respecto, otro de los apóstoles nos dice: “Ninguno que sea hijo de Dios practica el pecado, porque tiene la vida que Dios le ha dado; y no puede pecar porque es hijo de Dios” (1 Juan 3:9, Versión Popular).

Aquí no se está afirmando que como cristianos *nunca* volveremos a cometer un pecado (1 Juan 1:8), pues continuamos siendo falibles y aún estamos expuestos a la influencia de nuestra naturaleza y del depravado mundo en que vivimos. Lo que quiere decir es que un seguidor de Cristo no *acostumbra* pecar como parte de su modo normal de vivir. Antes bien, luchará con todas sus fuerzas para evitar el pecado, al grado de *huir* de las circunstancias que pudieran hacerle caer en la tentación (1 Corintios 6:18).

En Efesios 4 el apóstol Pablo nos enseña una fórmula práctica para vencer el pecado. Al leer detenidamente estos versículos notaremos tres pasos que necesitamos dar para cambiar nuestra vida pecaminosa por una que muestre apropiadamente que Dios está obrando con nosotros y en nosotros.

La instrucción de Pablo respecto a cómo superar nuestra inclinación al pecado es esta: “*Despojaos del viejo hombre*, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y *renovaos en el espíritu de vuestra mente*, y *vestíos del nuevo hombre*, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

Desechemos lo viejo

Como podemos ver, el primer paso es despojarnos del viejo hombre. Para hacer esto necesitamos darnos cuenta de que el viejo yo es nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es hostil a Dios (Romanos 8:7).

Al utilizar la expresión *el viejo hombre*, Pablo nos da a entender que se está refiriendo tanto a nuestra mente inconversa como a los hechos pecaminosos que provienen de esta. Como mencionáramos antes, nuestro viejo yo debe ser muerto y sepultado en la tumba acuática del bautismo (Romanos 6:1-4).

Con el paso del tiempo, Dios va obrando milagrosamente por medio de su Espíritu a fin de que podamos ir deshaciéndonos de lo peor que hay en nosotros, los pecados que pensábamos que nunca podríamos vencer. Él puede liberarnos de esos pecados que nos mantuvieron esclavizados por tanto tiempo.

Con la ayuda de Dios, gradualmente vamos siendo liberados de esa forma errónea de pensar y vivir, la cual Pablo consideraba una esclavitud (Romanos 6:16). Para librarnos de ese yugo, el apóstol nos dice: “Hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría” (Colosenses 3:5, NVI).

A medida que estudiamos las Escrituras nos damos cuenta de que, incluso después de haber sido bautizados y convertidos, continuamos viendo más claramente los aspectos negativos de nuestra naturaleza humana. En la Biblia se nos ayuda a ir reconociendo los cambios que aún necesitamos hacer. Si lo permitimos, la Palabra de Dios puede penetrar simbólicamente como una espada afilada hasta el fondo de nuestro ser y cortar todo lo malo, ya que “discierne los pensamientos del corazón” (Hebreos 4:12).

Con la ayuda de la Biblia podemos reconocer nuestros pensamientos y costumbres erróneos (ver el recuadro “Es imprescindible estudiar la Biblia”, p. 56). Podemos rechazarlos y cambiarlos por pensamientos correctos y hechos que agradan a Dios, *¡pero no podemos hacerlo solos!*

Necesitamos *avivar* el Espíritu de Dios que está en nosotros (2 Timoteo 1:6). Ese Espíritu nos puede ayudar a renovarnos gradualmente día a día, dándole a nuestra nueva naturaleza la fortaleza que necesita para vencer el pecado. Con la ayuda del Espíritu de Dios podemos “hacer morir las obras de la carne” (Romanos 8:13).

Algunos fracasan en su lucha contra el pecado porque, en lugar de usar el poder que Dios otorga por medio de su Espíritu, tratan de vencerlo con su propia fuerza. El apóstol Pablo conocía muy bien esta deficiencia humana, pues entendía cómo la naturaleza del hombre afecta nuestra conducta: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está

¿Pone Dios condiciones para darnos su regalo de la vida eterna?

En Efesios 2:8-9, Pablo explica que “por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

La vida eterna viene como resultado de la gracia de Dios. Es un regalo que él nos hace y que no merecemos. Nadie podrá jactarse jamás de haber ganado o merecido el don de la vida eterna.

Pero ¿puede el hecho de hacer cosas —o de *no* hacerlas— descalificar para recibir ese maravilloso regalo divino?

Si hay un experto en el tema de cómo recibir la vida eterna, tiene que ser Jesucristo. Después de todo, él es el único a través del cual la recibimos.

En Hebreos 5:8-9, Jesús es llamado el autor de nuestra salvación: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para *todos los que le obedecen*”.

Puesto que la salvación es un don de Dios, ¿qué quiere decir este pasaje cuando habla de “eterna salvación para todos los que le obedecen”? Si debemos *hacer algo* para recibir el don de la salvación de Dios, ¿cómo puede ser un regalo?

Los regalos pueden tener condiciones

El hecho es que, según la Biblia, Dios establece ciertas condiciones para que podamos recibir la salvación. Algunas condiciones *nos permiten* recibir ese don, y otras condiciones *nos descalifican* para recibirlo.

Para usar una analogía, si alguien se ofreciera a enviarle un billete de 100 dólares siempre que le envíe un sobre con su dirección, le estaría ofreciendo un regalo. Si usted no envía el sobre,

no recibirá el regalo. Podría quejarse, pero seguiría sin recibir el regalo por no haber cumplido las condiciones. Por otro lado, si envía el sobre requerido y recibe el billete de 100 dólares, no se ha *ganado* el regalo. Simplemente ha cumplido las condiciones necesarias. El hecho de que el ofrecimiento tenga condiciones no lo descalifica como regalo.

Ya que Jesús es el autor de nuestra salvación, examinemos algunas de sus declaraciones que nos dicen lo que debemos hacer para recibir ese regalo.

¿Qué debemos hacer?

En Mateo 7:21 Jesús dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino *el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*”. Jesús dejó claro que el mero hecho de reconocerle como Señor y Maestro --decir “Señor, Señor”-- no es suficiente. Para heredar el reino, debemos *hacer algo*. Debemos *hacer la voluntad del Padre*, como él claramente afirmó.

Jesús quiere que entendamos que para recibir la vida eterna se necesita algo más que la simple aceptación mental. Nuestra convicción de que él es nuestro Salvador debe ser más que un pensamiento agradable y reconfortante o un concepto intelectual. Jesús advierte que no basta con invocar su nombre o reconocerlo como “Señor”.

En cierta instancia, un joven rico le preguntó a Jesús cómo podía recibir la vida eterna: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mateo 19:16). La respuesta de Cristo, en el versículo 17, podría escandalizar a quienes piensan que la obediencia a la ley de Dios es innecesaria. Jesús le contestó: “Si quieres entrar en la vida, *guarda los mandamientos*”

(NVI). Jesús no le dijo que únicamente se requería creer en Dios o en él. Le dijo que debía *obedecer los mandamientos de Dios* para recibir el don de la vida eterna.

Como señala el apóstol Santiago, la creencia no tiene sentido si no está respaldada por la acción y la obediencia: "Tú crees que Dios es uno; bien haces. *También los demonios creen, y tiemblan*" (Santiago 2:19).

Continúa explicando que la fe --la creencia y confianza en Dios-- y la obediencia van de la mano: "Más quieres saber, hombre vano, *que la fe sin obras es muerta?* ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?" (vv. 20-22).

Santiago explicó de esta manera que las obras de obediencia, como resultado de nuestra fe, mantienen nuestra relación con Dios y conducen a *una mayor fe* y obediencia, como Dios requiere.

Bautismo e imposición de manos

Jesús mencionó otra condición para el don de la vida eterna de Dios en Marcos 16:16: "*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado*". El bautismo en agua --por inmersión total-- es un acto simbólico que representa la muerte de nuestro viejo yo y el comienzo de una nueva vida de servicio a Dios y de esfuerzo por evitar el pecado (Romanos 6:1-23).

El bautismo también va seguido de la imposición de manos, que nos permite recibir el Espíritu Santo de Dios y pertenecer verdaderamente a él (Hechos 8:17; Romanos 8:9). A menos que entreguemos nuestras vidas a Dios por medio del bautismo y la imposición de manos para recibir su Espíritu, según se nos instruye, no cumplimos --ya sea a sabiendas o sin saberlo-- sus requisitos previos para recibir su don de la salvación. A los que quieren echar a un lado estas y otras instrucciones bíblicas claras, Jesús les

responde: "¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y *no hacéis lo que yo digo?*" (Lucas 6:46).

Pero él espera que nosotros entreguemos nuestras vidas a cambio. "Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun más que a sí mismo, no puede ser mi discípulo. Y el que no toma su propia cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:26-27, Dios Habla Hoy).

En Mateo 10:22 agregó otra condición que debemos cumplir para recibir el don de la salvación de Dios: "... mas el que persevere hasta el fin, este será salvo". Podemos perder la salvación si no perseveramos hasta el final. Una vez que nos hemos comprometido a obedecer a Dios y a entregarnos a él, debemos mantener el rumbo hasta la meta final y no mirar atrás (Lucas 9:62; 1 Corintios 9:27).

Gratis, pero no barata

Es posible que haya escuchado la expresión: "La salvación es gratis, pero no barata". El don de la vida que Dios nos dio *le costó la vida a Jesucristo*. Él, el mismísimo Hijo de Dios, *entregó voluntariamente su vida para* que pudiéramos recibir el maravilloso obsequio divino de la vida eterna.

Nuestro amor y compromiso con Jesucristo y con Dios Padre debe ser más importante para nosotros que cualquier otra relación. Cada uno de nosotros debe estar dispuesto a llevar su "cruz" y a seguir fielmente a Jesús incluso en los retos más difíciles de la vida.

Los versículos 28-33 expresan este pensamiento y nos advierten que debemos considerar cuidadosamente que aceptar el don de la vida eterna tiene el mayor costo imaginable. "Así pues, *cualquiera de ustedes que no deje todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo*" (v. 33, DHH).

Así como Jesucristo dio su vida por nosotros, ¡debemos estar dispuestos a dar nuestra vida para seguirlo!

en mí” (Romanos 7:21). Leyendo desde el versículo 15 podemos darnos cuenta de la lucha que libraba este apóstol, y de hecho la que debe librar cada persona que quiere seguir a Cristo, entre su naturaleza humana y su nueva naturaleza.

Es solo por medio de la presencia de Cristo en nosotros (Gálatas 2:20) que podemos vivir esa clase de nueva vida. Solo él puede “redimirnos de toda iniquidad” y hacernos “para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Con la ayuda de Dios podemos vencer.

Debemos dar cabida a lo bueno

El procedimiento para vencer el pecado no estará completo si solo luchamos para deshacernos de lo viejo. Enseguida viene la parte más laboriosa. Con la ayuda de Dios debemos incorporar en nuestro carácter los aspectos positivos, que son todo lo contrario de las fallas que nos hemos encontrado. Como el apóstol Pablo nos exhorta, debemos vestarnos del “nuevo hombre” (Efesios 4:24) con todas sus nuevas cualidades. Debemos

Un Sumo Sacerdote deseoso de interceder por nosotros

La clave para resolver el problema de la esclavitud del pecado radica en la ayuda que podemos recibir por medio de Jesucristo. Jesús nació no solo para hacer posible el perdón de nuestro pasado, sino también *para ayudarnos a sobreponernos al pecado*, esos arraigados hábitos que son tan difíciles de arrancar de nuestra vida. Él es nuestro misericordioso Sumo Sacerdote (Hebreos 2:17-18; 8:1-2; 9:11-14; 10:19-23) que está a la diestra del Padre intercediendo constantemente por nosotros (Romanos 8:34).

Así como lo explicó uno de los apóstoles, “si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1 Juan 1:9, NVI).

Y como nos lo asegura este mismo apóstol, Jesús siempre está dispuesto a ayudarnos *a triunfar sobre el pecado*: “Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Juan 5:4-5, NVI).

Además de reconocer nuestras debilidades, Juan nos anima en la misma epístola para que no nos dejemos vencer por el pecado: “Mis que-

ridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros sino por los de todo el mundo” (1 Juan 2:1-2, NVI).

Esto en realidad debiera darnos todo el ánimo que necesitamos en nuestra lucha diaria contra el pecado. Al fin y al cabo, Jesús padeció las mismas tentaciones, por lo que entiende perfectamente nuestras flaquezas. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:15-16).

¿Cómo podemos obtener esa ayuda? Jesús mismo nos contesta: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:7-8).

enfocar nuestra atención y nuestros esfuerzos en el comportamiento que queremos tener.

Ahora, nuestro deber es concentrarnos en lo positivo a fin de eliminar lo negativo. Aquí es donde los ejemplos que Pablo presenta nos resultan tan instructivos y provechosos: “Por lo cual, desechando la mentira, hablad cada uno verdad con su prójimo . . .” (v. 25).

¿Cuándo deja de ser mentiroso un mentiroso? No basta con solo cerrar la boca, porque puede seguir mintiendo en su mente. La única forma en que un mentiroso deja de serlo es cuando habla verdad en lugar de mentira.

Esta persona debe deshacerse de lo viejo y darle cabida a lo nuevo. Cuando un mentiroso empieza a pensar y decir la verdad de manera deliberada y constante, su arraigada costumbre de mentir y evadir la verdad empieza a desaparecer y a morir. Eso es lo que sucede cuando, con la ayuda del Espíritu de Dios, luchamos por sobreponernos a nuestras viejas costumbres y las sustituimos con los caminos de Dios.

Pablo nos presenta otro ejemplo, el del robo. ¿Cuándo deja de ser ladrón el que roba? Alguien que es ladrón no deja de serlo en los momentos o días en que no roba. La única forma en que un ladrón puede demostrar que ha dejado de serlo, es cuando empieza a hacer constantemente lo opuesto.

El robo es simplemente el hecho de apoderarse de algo en forma ilícita. Lo contrario al egoísmo y el latrocinio es la actitud de *dar*. Con la ayuda de Dios un ladrón no solo puede dejar de robar, sino que incluso puede aprender a *trabajar* para tener lo suficiente y “compartir con el que padece necesidad” (v. 28).

¿Palabras que edifican o que destruyen?

Pablo añade aun otro ejemplo, esta vez relacionado con la forma en que nos comunicamos. Con frecuencia, nuestra lengua manifiesta claramente cómo es en realidad nuestro temperamento, sea bueno o malo. Jesús mismo dijo que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34). En Santiago 3:6 se nos dice que la lengua “es un fuego, un mundo de maldad”.

Mantenerse callado a fin de no hablar palabras deshonestas puede ser un paso en la dirección correcta, pero guardar silencio no es en sí prueba de que nuestra naturaleza ha cambiado. Después de todo, “aun el necio, cuando calla, es contado por sabio” (Proverbios 17:28). La prueba de que ha ocurrido un cambio fundamental en nuestra naturaleza se hace evidente cuando empezamos a usar la lengua en forma positiva. “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29).

Para superar los malos hábitos en el hablar, necesitamos pedirle a Dios que por medio de su Espíritu nos ayude para que podamos *confortar* y

estimular a las personas en lugar de ofenderlas o criticarlas. Nuestra boca debe ser un “manantial de vida” y nuestras palabras como “plata escogida” (Proverbios 10:11, 20). Debemos pedirle a Dios que nos ayude para que nuestra conversación “sea siempre amena y de buen gusto” (Colosenses

Es imprescindible estudiar la Biblia

El apóstol Pablo reprendió severamente a los cristianos en Corinto por sus actitudes y comportamiento que, en el aspecto espiritual, dejaban mucho que desear (1 Corintios 3:1-4). Les dijo que la causa de esa situación era, en parte, su *falta de conocimiento* de los caminos de Dios. Pablo escribió: “Vuelvan a su sano juicio, como conviene, y dejen de pecar. En efecto, *hay algunos de ustedes que no tienen conocimiento de Dios*; para vergüenza de ustedes lo digo” (1 Corintios 15:34, NVI).

No podemos honrar y servir de manera apropiada a Dios o a su Hijo a menos que *conozcamos cuál es su voluntad* (Romanos 12:2; Colosenses 4:12; Hebreos 10:36). Ese conocimiento lo adquirimos por medio del estudio *cuidadoso y metódico* de la Biblia. En 2 Timoteo 2:15 leemos la exhortación que Pablo le hizo a uno de sus más allegados discípulos: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que *usa bien la palabra de verdad*”.

Un poco más adelante, en la misma epístola, le dijo: “Pero persiste tú en lo que has *aprendido* y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido *las Sagradas Escrituras* [en ese entonces solo existían los escritos que ahora se conocen como el Antiguo Testamento], las cuales te pueden hacer *sabio para la salvación* por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:14-15).

¿Qué es lo que hace a las Escrituras tan necesarias para nuestra salvación? Pablo lo explica en los versículos 16-17: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, *a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*”.

Aprendemos los caminos de Dios cuando estudiamos su Palabra y analizamos con detenimiento

el significado de sus instrucciones. Notemos la actitud hacia la ley de Dios expresada en Salmos 119:97-104: “¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella. Tus mandamientos me hacen más sabio que mis enemigos porque me pertenecen para siempre. Tengo más discernimiento que todos mis maestros porque medito en tus estatutos. Tengo más entendimiento que los ancianos porque obedezco tus preceptos. Aparto mis pies de toda mala senda *para cumplir con tu palabra*. No me desví de tus juicios porque tú mismo me instruyes. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Son más dulces que la miel a mi boca! *De tus preceptos adquiero entendimiento*; por eso aborrezco toda senda de mentira” (NVI).

Notemos ahora la amonestación dada a algunos que no habían estudiado lo suficiente como para poder discernir correctamente la voluntad de Dios: “En realidad, a estas alturas ya deberían ser maestros, y sin embargo necesitan que alguien vuelva a enseñarles las verdades más elementales de la palabra de Dios. Dicho de otro modo, necesitan leche en vez de alimento sólido. El que solo se alimenta de leche es inexperto en el mensaje de justicia; es como un niño de pecho. En cambio, el alimento sólido es para los adultos, para los que tienen la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, pues *han ejercitado su facultad de percepción espiritual*” (Hebreos 5:12-14, NVI).

Al leer el resumen del apóstol Pablo en Filipenses 1:9-11 podemos darnos cuenta de la importancia que él le daba a nuestro crecimiento espiritual por medio del cuidadoso estudio personal de las Escrituras: “Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más *en conocimiento y en buen juicio*, para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (NVI).

4:6, NVI).

Podemos vencer nuestros modales vulgares esforzándonos por comportarnos correctamente. Con la ayuda del Espíritu de Dios, los cambios positivos que efectuemos se convertirán en cualidades permanentes de nuestro carácter.

¿Qué espíritu estará con usted?

El Espíritu de Dios es totalmente contrario al espíritu amargo e irascible que se nos menciona en Efesios 4:31-32: “Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. Más bien sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo” (NVI). Cuando permitimos que el viejo yo nos domine con sus hábitos corrompidos, en realidad le estamos dando “lugar al diablo” (v. 27). En cambio, cuando somos afables y comprensivos, reflejamos el Espíritu de Dios.

Quizá ahora podamos comprender por qué se nos aconseja no “apagar” el Espíritu de Dios (1 Tesalonicenses 5:19), que es lo que hacemos cuando rechazamos su guía y volvemos a robar, mentir u ocuparnos en cualquier práctica perniciosa. Satanás aprovecha muy bien estas situaciones.

Pero cuando nos vestimos del espíritu del nuevo hombre, sucede lo contrario. Satanás detesta los caminos de Dios y no puede tener éxito en ese ambiente. En cambio, el Espíritu Santo puede producir mucho fruto en la persona que sigue los caminos de Dios.

Todo esto aclara y destaca la belleza de algunas verdades sencillas pero profundas: cuando nos *sometemos* a Dios y *resistimos* al diablo, este huye de nosotros (Santiago 4:7). El apóstol Pablo nos exhorta en Gálatas 5:16: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.

La forma más sencilla de sacar el aire de un vaso es llenarlo de agua. De igual forma, cuando nosotros, con la ayuda del Espíritu Santo, rechazamos nuestras actitudes erróneas, Dios puede llenar nuestras mentes con su propia naturaleza justa y santa. Esto no quiere decir que nunca más vamos a pecar; mientras seamos seres físicos seguiremos estando sujetos a las debilidades humanas, mas no debemos sentirnos desalentados ante nuestros pecados. De hecho, debemos sentirnos contentos de poder reconocerlos, porque estar conscientes de ellos es el primer paso hacia su eliminación.

El apóstol Pablo, refiriéndose al hecho de que él tampoco había logrado eliminar completamente el pecado de su vida, nos dice: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, *prosigo a la meta*, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:13-14).

En la Epístola a los Hebreos encontramos estas alentadoras palabras: “Por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que *acerquémonos confiadamente al trono de la gracia* para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (Hebreos 4:14-16, NVI).

Cómo avivar el Espíritu de Dios

El apóstol Pablo aconsejó a los cristianos de Tesalónica: “No apaguen el Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19; todos los pasajes citados en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional). Y le escribió lo siguiente al joven evangelista Timoteo: “Te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos. Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:6-7).

Aquí Pablo estaba comparando el Espíritu de Dios con un fuego que se está apagando, pero que aún tiene algunas brasas. Estaba exhortando a Timoteo a que avivara esas brasas para que el fuego volviera a arder con fuerza. Él sabía que debemos estar siempre atentos para no descuidar la dádiva del Espíritu de Dios, dejándolo que se apague.

¿Cómo podemos mantener la valentía, la fortaleza y el amor que Dios nos da? La respuesta se encuentra en varios pasajes bíblicos.

En uno de ellos se nos dice: “Pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza” (Efesios 6:13). Satanás se valdrá de todo lo que pueda (v. 11) con el fin de que nos desalentemos, estemos temerosos y perdamos nuestra confianza en Dios. ¿Qué quiso decir Pablo con ponerse “toda la armadura de Dios” como defensa? ¿Qué podemos hacer para resistir actitudes insidiosas como el miedo, la apatía y el desaliento?

Pablo continuó: “Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo

esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (vv. 14-17).

Pablo nos aconseja mantenernos firmes en la verdad que hemos aprendido, esforzándonos por vivir honorablemente sin importar las circunstancias.

También debemos hacer nuestra parte en la propagación del verdadero evangelio, sin perder de vista la vida eterna como nuestra meta y usando la Palabra de Dios como la espada que deshace toda clase de engaño.

Es muy importante, además, hacer lo que se dice en los versículos 18-20: “Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos. Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos. Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame valerosamente, como debo hacerlo”.

Nuestra capacidad para permanecer fuertes y activos espiritualmente depende de cuánto confiamos en Dios, y nuestro conducto para obtener esa ayuda es la oración.

En otra de sus epístolas, este apóstol nos exhorta a que nos mantengamos orando no solo por nosotros sino también por otros. “Dedíquense a la oración: perseveren en ella con agradecimiento y, al mismo tiempo, intercedan por nosotros a fin de que Dios nos abra las puertas para proclamar la palabra, el misterio de Cristo por el cual estoy preso. Oren para que yo lo anuncie con claridad,

“Por tanto . . . *despojémonos del lastre que nos estorba*, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Así, pues, consideren a aquel que perseveró frente a tanta oposición por parte de los pecadores, para que no se cansen ni pierdan el ánimo” (Hebreos 12:1-3, NVI).

como debo hacerlo” (Colosenses 4:2-4).

Una de las claves principales para conservar vivo y activo el Espíritu de Dios en nuestra vida es mantener la vista en el gran panorama de lo que Dios está llevando a cabo. Si nos preocupamos demasiado por nosotros mismos y nuestras dificultades, seremos más vulnerables a la influencia negativa de Satanás. El apóstol Pablo exhortó a los nuevos conversos para que se sintieran parte integrante del plan que Dios está llevando a cabo. Como apóstol de Dios enviado a anunciar el evangelio del Reino de Dios a los gentiles, los alentó para que lo apoyaran con entusiasmo en sus oraciones.

Pablo les explicó por qué consideraba tan importantes sus oraciones: “Hermanos, no queremos que desconozcan las aflicciones que sufrimos en la provincia de Asia. Estábamos tan agobiados bajo tanta presión, que hasta perdimos la esperanza de salir con vida: nos sentíamos como sentenciados a muerte. Pero eso sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos. Él nos libró y nos librará de tal peligro de muerte. En él tenemos puesta nuestra esperanza, y él seguirá librándonos. Mientras tanto, ustedes nos ayudan orando por nosotros. Así muchos darán gracias a Dios por nosotros a causa del don que se nos ha concedido en respuesta a tantas oraciones” (2 Corintios 1:8-11).

En Filipenses 1:3-6 Pablo escribió sobre su profundo amor hacia aquellos que habían sido convertidos por medio de su ministerio. “Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes. En todas mis oraciones por todos ustedes, siempre oro con alegría, porque han participado en el evangelio desde el primer día hasta ahora. Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes

la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús”.

Para nosotros también es muy importante mantener viva y activa nuestra confianza en Dios. Hay ocasiones en que es necesario que, además de orar, ayunemos a fin de que podamos reavivar nuestro entusiasmo y renovar nuestra dedicación y pacto con él. En Salmos 35:13 leemos lo que dijo el rey David: “. . . afligí con ayuno mi alma . . .” El ayuno consiste en abstenerse de alimento y líquido con el fin de recordar cuán frágiles somos, y cuánto dependemos de cosas que están muy por encima de lo que podemos hacer o lograr por nosotros mismos.

En la Biblia encontramos ejemplos de personas de gran fe, como Moisés, Elías, Daniel, Pablo y hasta Jesús mismo, que ayunaban con el fin de estar más cerca de Dios (Éxodo 34:28; 1 Reyes 19:8; Daniel 9:3; 10:2-3; 2 Corintios 11:27; Mateo 4:2).

En cierta ocasión, a Jesús le preguntaron: “¿Cómo es que los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan, pero los tuyos no?” Él les contestó: “¿Acaso pueden ayunar los invitados del novio mientras él está con ellos? No pueden hacerlo mientras lo tienen con ellos. Pero llegará el día en que se les quitará el novio, y ese día sí ayunarán” (Marcos 2:18-20).

Jesús sabía que cuando él ya no estuviera físicamente con ellos, en ocasiones sus verdaderos seguidores sentirían la necesidad de ayunar para renovar y reforzar su entusiasmo y continuar sirviéndolo. Necesitarían “avivar” el Espíritu de Dios en ellos.

En Santiago 4:8 se nos dice: “Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes”. Podemos hacer esto por medio de la oración constante y, de vez en cuando, del ayuno. Así podemos desarrollar el hábito de avivar el Espíritu de Dios en nosotros.

Nuestra transformación final

Todo el proceso de la conversión tiene que ver con la maravillosa *transformación* que Dios —por medio de Jesucristo y el poder del Espíritu Santo— realiza en nosotros. La última fase de nuestra transformación,

Las oraciones que Dios escucha

Dios está enterado de todo lo que pensamos, decimos y hacemos, y ni siquiera un pajarillo cae a tierra sin que él lo sepa (Mateo 10:29). Por tanto, cuando alguien está orando, Dios oye lo que está diciendo. Pero ¿toma él en cuenta todas las cosas que se le piden?

No siempre. Veamos lo que en la Biblia se nos dice al respecto: “La mano del SEÑOR no es corta para salvar, ni es sordo su oído para oír. *Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios.* Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para *no escuchar*” (Isaías 59:1-2; todos los pasajes citados en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional).

Jesús mismo nos aconseja: “Cuando oren, no sean como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea. Les aseguro que ya han obtenido toda su recompensa” (Mateo 6:5).

¿Qué debemos hacer, entonces, para que Dios escuche y conteste nuestras oraciones?

En los versículos 6 y 7 del mismo capítulo nuestro Salvador continúa: “Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará. Y al orar, no hablen solo por hablar como hacen los gentiles, porque ellos se imaginan que serán escuchados por sus muchas palabras”.

En la Biblia podemos ver que en ciertos casos son apropiadas las oraciones frente a un grupo de personas. Pero la gran mayoría de nuestras oraciones deben ser sinceras conversaciones privadas con Dios.

Nuestro Creador ha prometido escucharnos siempre y cuando nos acerquemos a él con una actitud de sincera sumisión a su voluntad, dis-

puestos a aceptar la guía y corrección que nos da en su Palabra. “Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y *sus oídos, atentos a sus oraciones*; pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal” (1 Pedro 3:12).

Dios se fija en nuestra actitud, en lo que hay en nuestro corazón (1 Samuel 16:7), no en nuestros pecados pasados. Él puede ver el camino por el que nos dirigimos, y eso es lo que le interesa.

En Santiago 1:5-6 se nos dice que lo que le pidamos a Dios, él nos lo concederá “a todos generosamente sin menospreciar a nadie”. Pero debemos pedirselo “con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento”.

Dios está especialmente interesado en los fines que perseguimos cuando oramos. Si verdaderamente deseamos lo que es de su agrado y oramos conforme a ello, él se complace en escucharnos. Nos contesta *según su perfecto juicio*, conforme a lo que sabe es más conveniente para nosotros.

Lamentablemente, no todos oran con buenos fines y “cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones” (Santiago 4:3). Dios ni siquiera tiene en cuenta las peticiones de quienes solo están interesados en satisfacer sus propios deseos y no en agradarlo a él.

Dios mira cuál es nuestra actitud. Sabe por qué le pedimos, y sabe lo que hay en nuestro corazón.

La oración es algo *imprescindible* en nuestra relación con Dios. Por tanto, en 1 Tesalonicenses 5:16-18 se nos exhorta: “Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús”. Siempre que oremos con esta actitud, ¡Dios nos escuchará!

y la más dramática, se llevará a cabo con la resurrección de los muertos cuando retorne Jesucristo.

El apóstol Pablo escribió: “Les declaro, hermanos, que el cuerpo mortal no puede heredar el reino de Dios, ni lo corruptible puede heredar lo incorruptible. Fíjense bien en el misterio que les voy a revelar: No todos moriremos, pero todos *seremos transformados*, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y *los muertos resucitarán con cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados*. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: ‘La muerte ha sido devorada por la victoria’” (1 Corintios 15:50-54, NVI).

El profeta Daniel también habló de este maravilloso suceso: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:2-3). (Para aprender más sobre este tema, solicite nuestra guía de estudio gratuita, *¿Por qué existimos?*).

Luego, en Filipenses 3:20-21, Pablo explica la maravillosa conclusión de todo lo que Dios está haciendo ahora por sus escogidos: “Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde anhelamos recibir al Salvador, el Señor Jesucristo. *Él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso*, mediante el poder con que somete a sí mismo todas las cosas” (NVI).

Por tanto, Pablo mismo nos exhorta a que, “renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:12-14).

¡Nuestro mundo necesita escuchar *buenas* noticias!

Los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras que causan tanta aflicción, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, el crimen, la pobreza absoluta que se va apoderando de ciertas naciones, y el crimen y la violencia que continúan incrementándose a pesar de los esfuerzos para reducirlos. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que proclamó fueron las buenas noticias —el evangelio— del Reino de Dios.

¿En qué consisten realmente estas buenas noticias que Jesús anunció? ¿Acaso son tan sólo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, muerte y resurrección? En verdad, todo esto forma parte del increíble plan que Dios tiene para la humanidad, pero el verdadero evangelio abarca más, mucho más.

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la persona de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del mensaje que proclamó. Lo que Jesús anunció es realmente asombroso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

En el folleto *El evangelio del Reino de Dios* se explica detalladamente, con base en las Escrituras, el significado del mensaje que Jesús predicó. Si usted desea recibir esta importante publicación, tendremos mucho gusto en enviársela *gratuitamente* y *sin compromiso alguno* de su parte. Puede solicitarla a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto, o puede descargarla de nuestro portal en Internet: www.iduai.org. □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del Reino de Dios venidero en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).



Es absolutamente gratis: Jesús dijo: "Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente" (Mateo 10:8, NVI). No solicitamos donaciones al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente.



Consultas personales: Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio, o visitar nuestro sitio web iduai.org.

Direcciones

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes

a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: Casilla 118, Centenario, Neuquén

Bolivia: Casilla de correo 0049, Correo central, La Paz

Chile: Avenida Fernández Albano, 786, La Cisterna, Santiago

Estados Unidos: P.O. Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027

Guatemala: Apartado Postal No. 42- F, Ciudad de Guatemala

Perú: Apartado 11-073, Lima

Teléfono: (001) (513) 576-9796 **Fax** (513) 576-9795

Correo electrónico: info@ucg.org

Sitio en Internet: www.iduai.org

Autores: Roger Foster, Scott Ashley *Contributing writer:* Tom Robinson

Equipo Editorial: Bob Berendt, Bill Bradford, John Elliott, Roy Holladay, Paul Kieffer, Burk McNair,
John Ross Schroeder, Mario Seiglie, Donald Ward *Portada:* Foto ilustración por Shaun Venish/PhotoDisc

